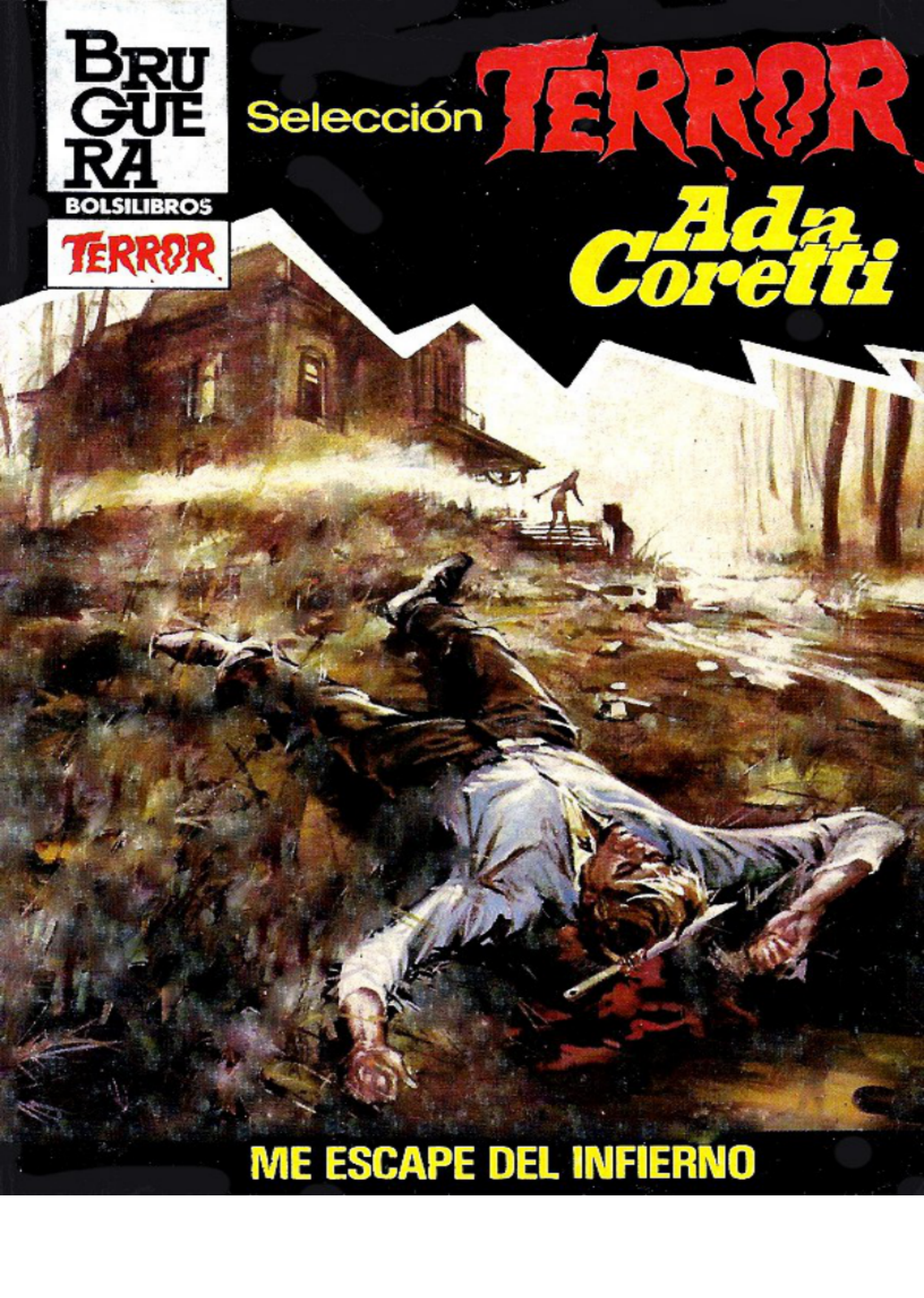

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Ada Coretti
ME ESCAPE DEL INFIERNO


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

560 – La maldición de los Barrimore, *Adam Surray*.

561 – Reiré en mi funeral, *Ada Coretti*.

562 – La noche del cerebro, *Curtís Garland*.

563 – El monasterio perdido, *Ralph Barby*.

564 – El experimento del Dr. Marlowe, *Joseph Berna*.

ADA CORETTI

ME ESCAPE DEL INFIERNO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 565

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4

Depósito legal: B. 40.283 - 1983

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: en España: enero, 1984

1ª edición en América: julio. 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

CAPITULO PRIMERO

Primeros de diciembre de 1968

La noche era negra, tenebrosa, y el viento silbaba inquietante y amenazador a través de los desnudos árboles que bordeaban la carretera. Una carretera que, luego de una pronunciada curva, llegaba a la localidad de Brigersson.

No lejos de allí se alzaba el Sanatorio Psiquiátrico. Un edificio de perfiles sombríos, tétricos, cuya sola contemplación asustaba a los chiquillos. De ello que nunca se acercaran a sus altos y recios muros, ni siquiera a plena luz del día.

El viento seguía ululando, silbando, y Stella, que en aquellos momentos no era más que una chiquilla terriblemente asustada, se agazapaba tras unos matorrales.

No quería ser vista por el hombre que se hallaba cerca de la carretera, esperando verla aparecer. Un hombre que había jurado que iba a matarla. ¡A estrangularla con sus propias manos!

Todo había empezado unos días antes...

Stella solía reunirse con su novio, que vivía en la vecina localidad. Su novio se llamaba Ryan.

Ryan Damell trabajaba en una carnicería, como dependiente, y no cobraba mucho, así que económicamente tenía poco que ofrecer.

A Stella no le gustaba que fuera de este modo, pero ella era una muchacha fogosa, apasionada, llena de instintos sexuales, y le gustaba hacer el amor con él. Creía que valía la pena, pues, cerrar los ojos a cualquier otra consideración.

Se la podía considerar una muchacha preciosa. Tenía un cuerpo

delicioso, unos fantásticos ojos verdes y una deslumbradora cabellera oscura. A menudo se decía a sí misma que ella podía aspirar a mucho, a muchísimo más.

En realidad, no era extraño que le diera vueltas a esa idea, estaba harta de privaciones. Desde que su padre había muerto no había modo de seguir adelante.

Vivía con su madre, que débil y enferma de los bronquios se pasaba el día tosiendo, y con su hermana Carlota, de dieciséis años, aquejada de la misma dolencia, por lo que su tos acompañaba a la de su madre. Y con Hugo, su hermano pequeño, un niño de ocho años. Este sí era fuerte y sano, y daba gloria mirarlo.

En conclusión, Stella soñaba con bonitos vestidos, y con joyas, y con coches, y con una casa grande y hermosa.

Bueno, lo cierto es que un desconocido surgió un día de pronto ante ella, en medio de la niebla espesa y compacta a la que ya estaban acostumbrados los habitantes de esa zona.

El desconocido era un hombre elegantemente vestido, de unos treinta y cinco años, de fuerte complexión. Tenía los ojos negros como alas de cuervo y brillantes como ascuas encendidas.

—Mi nombre es Wallace… —se presentó gentilmente—. Wallace Booth. ¿Puedo acompañarte?

Stella asintió.

Por el camino el hombre le dijo que era dueño de una incalculable fortuna y que acababa de dar la vuelta al mundo. Le dijo que había estado a punto de casarse, pero que lo había dejado correr al comprender que no iba a ser dichoso.

—Tú eres mi ideal —le hizo saber poco después—. Me casaré contigo.

Stella se echó a reír.

Pero no había tomado a broma las palabras que acababa de escuchar. Muy al contrario. Estaba ya decidida a convertirse en una mujer rica. Por nada del mundo dejaría escapar aquella oportunidad.

—Piénsatelo bien —le aconsejó su madre cuando le contó el encuentro que había tenido—. Tú quieres a Ryan.

—Sí, pero a mi manera —admitió Stella—, ¡Por él no puedo renunciar a tanto!

Madre e hija dejaron de hablar. Requirió la atención de ambas lo que estaba diciendo la radio:

«Del Sanatorio Psiquiátrico situado en las afueras de la localidad de Brigersson, se evadió ayer un perturbado mental. Se hace saber a los oyentes que se trata de un hombre de instintos agresivos, violentos. En suma, de un ser sumamente peligroso…»

Stella siguió viéndose con el elegante desconocido, con el hombre que había dicho llamarse Wallace Booth.

Y en efecto, así se llamaba. Esto era cierto.

No lo era tanto, ni mucho menos, que fuera fabulosamente rico. No tenía ni una libra.

Sólo tenía el elegante traje que llevaba, y éste lo había robado en una tienda de Brigersson.

¡Wallace Booth era el perturbado mental que la policía estaba buscando!

Pero Stella no lo sabía. Así que seguía creyéndole el hombre rico que iba a colmar todas sus aspiraciones.

Una tarde, Stella compró el periódico para llevárselo a su madre. A su madre le gustaba enterarse de lo que sucedía en el mundo. Y se le ocurrió desplegar el periódico mientras esperaba, en la carretera, que Wallace Booth se reuniera con ella.

¡Y entonces vio la fotografía del perturbado mental que se había escapado del Sanatorio Psiquiátrico!

No cabían dudas. Se trataba del mismísimo Wallace Booth.

Stella sintió que la sangre se le helaba en las venas, en las arterias. Un miedo horroroso penetró dentro de ella. Desde luego, por unos instantes tuvo la sensación de que el corazón le dejaba de latir.

¿Qué podía hacer…?

Se lo preguntó a sí misma con una angustia agarrotante.

Sólo cabía una respuesta. Sólo una.

Huir de allí lo más rápidamente posible. No volver a ver a aquel hombre en lo que le quedara de vida.

Sin duda la policía no tardaría en dar con él. Entonces, cuando le colocaran la camisa de fuerza, podría recobrar la calma. Sólo entonces.

Echó a correr hacia su casa.

Pero de pronto se vio detenida por los brazos de Wallace Booth, mientras éste le preguntaba:

—¿Adónde vas tan aprisa, cariño?

Stella intentó sonreír. Era preciso que él no se diera cuenta de que había averiguado la verdad.

No debió fingir bien, porque Wallace Booth la cogió por los hombros, la sacudió, la zarandeó con fuerza y exclamó:

—¡Ya sabes quién soy! ¡Lo leo en tus ojos…! —y los suyos, negros como alas de cuervo y brillantes como ascuas encendidas, parecían querer fulminarla.

—No te entiendo… —murmuró Stella—. De veras, no te entiendo…

—¿Ah, no? —barbotó él—. Y ese periódico, ¿qué…? ¿Acaso no sale hoy mi fotografía..? —Y sin soltar a la muchacha—: Sí, me escapé del Sanatorio Psiquiátrico… ¿Sabes por qué…? Voy a decírtelo… Me daban corrientes eléctricas, y baños muy fríos y luego muy calientes. Me trataban muy mal… ¡Aquello era peor que el infierno!

—Hiciste bien en escaparte… —musitó Stella, mientras temblaba de pies a cabeza. Y esforzándose por no inspirarle recelos—. Anda, dime, ¿cómo conseguiste salir de allí…? Desde luego, está claro que eres un tipo muy listo…

—Sí, lo soy —admitió.

—Me siento orgullosa de ti.

—¿De veras…? —Y se quedó mirando a la muchacha como si no terminara de creerla.

—Sí, claro… —asintió ella, pero no podía evitarlo, seguía temblando de arriba abajo—. Me siento muy orgullosa de ti… Anda, explícame cómo te las arreglaste para burlar la vigilancia…

—Estuve construyendo un pasadizo —dijo él, tras haber soltado a la muchacha—. Sin que nadie se diera cuenta, claro. Fue una labor tan larga como laboriosa... Y al fin conseguí mi propósito... —antes de que Stella dijera nada, puntualizó—: Lo hice todo tan bien, con tal lujo de detalles y a la vez de precauciones, que estoy convencido de que el director del establecimiento aún no tiene ni idea de cómo he podido desaparecer de allí. Mejor así, ¿no te parece? De este modo, si vuelven a meterme entre esos malditos muros, podré escaparme de nuevo...

—¡Oh, sí! — exclamó Stella con forzado entusiasmo—. Es estupendo que lo hayas dejado todo tan bien organizado...

—Supongo que puedo fiarme de ti, ¿eh? —se lo preguntó de pronto, bruscamente, mientras de nuevo incrustaba sus crispados dedos en los hombros de ella.

—Claro que sí... Naturalmente... —se apresuró a decir Stella, y con gesto de dolor—: No me cojas tan fuerte, por favor. Me estás haciendo daño.

—Perdona —se disculpó Wallace Booth—. No era mi intención hacerte daño ninguno. Yo sólo deseo casarme contigo. Supongo que sigues estando de acuerdo en que unamos nuestras vidas...

—¡Oh sí, claro que sí! —volvió a exclamar la muchacha con todo el entusiasmo y el énfasis que pudo fingir—. Nada ha cambiado entre nosotros.

—Es preferible que sea de este modo —te aclaró él—. Sobre todo para ti. Porque si yo comprendiera que pretendías traicionarme, ¿sabes lo que haría...? —su tono no pudo ser más aterrador.

—Dímelo, cariño. —Y Stella se había quedado sin saliva.

—¡Te estrangularía1 —gritó Wallace Booth—. ¡Con mis propias manos apretaría tu garganta hasta que la lengua te colgara más de un palmo!

—Harías bien, muy bien —dijo la muchacha—, Pero yo no voy a darte motivos, así que no tengas miedo...

Sin darse cuenta acababa de decir algo que Wallace Booth no soportaba que nadie le dijera. ¿El tener miedo? ¡Si él era un valiente, un héroe!

—¿Me tienes acaso por un cobarde? —barbotó lleno de indignación—. Sí, de eso debe tratarse. De lo contrario no me hubieras hablado como acabas de hacerlo —y de nuevo estaba ahora sacudiéndola, zarandeándola.

—No, no te tengo por… por un cobarde… Nada tan… tan lejos de mi pensamiento — tartamudeó Stella.

—Pues ten cuidado con lo que dices…

Brillaban tan delirantes y enajenados los negros ojos que tenía antes sí, que Stella comprendió que su vida dependía de un hilo. Se le ocurrió improvisar.

—He oído un ruido. Entre ©os arbustos… Sí, por allí… —indicó entre las sombras—. Deben estar buscándote…

—¿Has oído un ruido…? —inquirió Wallace Booth, dando un respingo, y en ese momento soltó a la muchacha—. Sí, sí, deben estar buscándome… —Y de súbito dijo—: Voy a ver por ahí… No quiero que me cojan desprevenido. Tú mira por ese otro lado. Dentro de unos minutos volveremos a encontramos aquí. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo. Muy bien pensado… —aseguró Stella, pudiendo ya respirar un poco más hondo.

Así que se separaron, la muchacha echó a correr hacia su casa. Pronto llegaría, no estaba tan lejos. Pero en la precipitación dio un paso en falso, se cayó y se torció un tobillo. Así que se quedó sin poder dar dos pasos seguidos.

Fue entonces cuando se le ocurrió agacharse y quedarse escondida tras unos matorrales. No había en realidad otra alternativa razonable, válida.

Y la noche seguía siendo negra, tenebrosa, y el viento seguía silbando inquietante y amenazador a través de los desnudos árboles que bordeaban la carretera. Una carretera que, luego de una pronunciada curva, llegaba a la localidad de Brigersson.

Y así… hasta que, transcurrida más de una hora, Wallace Booth se cansó de esperar a la muchacha.

Había llegado a la conclusión de que había sido burlado, de que ella debía estar ya muy lejos de allí.

Antes de irse, no obstante, poniendo las manos ante su boca a guisa de bocina, gritó:

—¡Te cogeré, zorra despreciable e inmunda! ¡Esto no acabará así! ¡Te lo juro por las ardientes y crepitantes llamas del mismísimo infierno!

* * *

Cuando Stella llegó a su casa, su madre se sobresaltó al ver el deplorable aspecto que traía

—¿Qué te ha sucedido, hija mía? Vienes trastornada, lívida... Ni que te hubieras encontrado con el espíritu de un muerto...

La pobre mujer creía en aparecidos, en espectros, en fantasmas, en almas en pena. Estaba convencida, pues, de que los espíritus de los muertos vagaban por la tierra en las noches de invierno. De ello que siempre, durante los inviernos, estuviera esperando que el espíritu de su marido fuera a visitarla.

—Hubiera preferido encontrarme con un muerto —musitó Stella—. Mil veces.

Le explicó a su madre y a su hermana Carlota todo lo que le había sucedido.

A las dos les dio un ataque de tos.

Hugo, el hermano pequeño, estaba durmiendo en su habitación. Fue el único que no se enteró de nada.

—¿Y qué vas a hacer...? —le preguntó su madre, muy preocupada tras la exposición de los hechos.

—Lo primero, vendarme el tobillo —contestó Stella—. Afortunadamente lo puedo mover, no me lo he roto. Y luego voy a hacer la maleta. El último autocar de línea pasa por esta carretera a eso de las once, ¿no es eso? —miró el reloj que había sobre el aparador—. Aún estoy a tiempo de cogerlo.

—¿Vas a irte? —inquirió su madre, no sabiendo si la idea le parecía buena o mala

—Sí, voy a irme —dijo Stella—. Si ese hombre da conmigo, me matará. Mientras no sea detenido debo poner una prudencial distancia entre nosotros.

—Quizá tengas razón —asintió su madre, tosiendo.

—Sí, la tiene —afirmó su hermana Carlota, tosiendo también un poco.

Cuando el autocar pasó por la carretera, Stella estaba allí. Hizo señal de parada.

El autocar se detuvo y la muchacha subió. Llevaba una maleta. Era todo su equipaje.

* * *

Y hasta este momento, sólo un susto muy gordo, mayúsculo, que pudo tener trágicas consecuencias, pero que, afortunadamente, no las había tenido.

Sin embargo, quedaba la segunda parte…

Sucedió a la noche siguiente.

Sonó el timbre de la puerta y la madre de Stella se dispuso a abrir. Pero antes preguntaría quién era. Su hija Carlota le había recomendado que no franqueara la entrada a quien previamente no se hubiera identificado.

—¿Quién…? —preguntó.

Oyó la voz a través de la hoja de la puerta. Una voz extraña que no reconoció, pero que le hizo estremecerse por las palabras que pronunció. Fueron las siguientes:

—Soy el espíritu de tu marido. Los espíritus de los muertos vagan durante las noches de invierno, ¿no lo sabías? Ábreme, querida, tengo ganas de verte…

Si Carlota hubiera estado allí mismo, le habría dicho a su madre que no abriera, que los muertos no vagan por ninguna parte ni en invierno ni en verano, ni en ninguna otra estación del año. Le habría

dicho, asimismo, que si alguien pretendía hacerle creer semejante patraña era porque se había enterado de que creía esas cosas. Habría añadido, seguro, que si ese alguien se escondía y protegía tras tal estratagema, es que, evidentemente, no pretendía nada bueno.

Pero Carlota estaba en una de las habitaciones, acostando al hermano pequeño. Así que no pudo prevenirla.

La buena e incauta mujer abrió la puerta. Y se quedó boquiabierta al ver que, quien estaba ante ella no era un espíritu. Era un hombre elegantemente vestido, de unos treinta y cinco años. Tenía los ojos negros como alas de cuervo y brillantes como ascuas encendidas.

El hombre adelantó una pierna. De este modo la mujer no podría cerrar.

—¿Qué quiere? —preguntó la mujer, pero ahora ya sabía quién era.

Stella le había descrito perfectamente al perturbado mental que se escapó del Sanatorio Psiquiátrico.

—¿Está Stella...? —quiso saber el hombre.

—No —contestó su madre—. Se fue ayer. No volverá en mucho tiempo.

—He oído decir que cogió el autocar de línea...

—Sí, sí... —asintió la mujer, tosiendo, muy nerviosa.

El aspecto de aquel hombre resultaba tan amenazador que mirarle equivalía a quedarse sin respiración, sin oxígeno. Esto le sucedió a la mujer. Por descontado que sí.

—Buenas noches — le despidió.

Querı́a que se fuera.

Sin embargo, el hombre siguió con la pierna adelantada, colocando firmemente su pie en el dintel. Así que no hubo forma de cerrar la puerta.

Por lo demás, el hombre se precipitó de pronto hacia dentro y ya en el interior, exclamó:

—¡No puedo matar a Stella, pero aquí tengo a su encantadora

familia para vengarme! —Y tras echar una rápida mirada a la habitación en que se hallaban Carlota y Hugo—: Estos son sus hermanos, ¿no? Y usted es su madre, ¿no?

—Váyase ahora mismo —le instó a hacerlo la asustada mujer, presa de un nuevo acceso de tos.

En lugar de irse, Wallace Booth cerró la puerta de la casa. Instantes antes la había dejado abierta.

—¿Qué significa esto…? —preguntó Carlota saliendo de la habitación de su hermano pequeño—. No le consentiremos que…

Demostró ser una chica valiente. Lo cierto es que aún no había cumplido los dieciséis años. Pero empezó a toser, el estado de sus pulmones era muy precario.

Wallace Booth se abalanzó sobre la madre. Con las manos extendidas hacia adelante. Alocados, desquiciados sus ojos.

La mujer retrocedió hasta que su espalda fue a pegarse contra la pared.

Las manos del perturbado mental alcanzaron su cuello, su garganta, y empezaron a apretar con furia, con una fuerza demoníaca.

Carlota quiso ayudar a su madre y se fue hacia allí, dispuesta a intervenir.

Wallace Booth le propinó una furibunda patada y la muchacha fue a parar al suelo, quedándose medio desvanecida.

Las manos furibundas siguieron apretando el cuello, la garganta de la mujer. El hombre deseaba estrangularla, pero no sólo eso, pretendía que la lengua le quedara asomando un palmo como mínimo.

La pobre mujer, que entre toses y jadeos intentaba defenderse, terminó doblando las rodillas y abatiendo la cabeza.

Wallace Booth se dio cuenta de que había muerto. Sin que su lengua apenas asomara.

Dio una patada de rabia.

Fue entonces cuando reparó en que Hugo, el hermano pequeño, había presenciado la escena. Como sea que la puerta del dormitorio

había quedado entreabierta, había podido verlo todo. Su expresión denotaba un auténtico espanto, un terror infinito.

Wallace Booth se dirigió hacia el niño, dispuesto a acabar con él como había acabado con su madre. No obstante vio a Carlota y cambió de idea.

Carlota había encontrado fuerzas para levantarse, para ponerse en pie.

A pesar de eso, al ver que Wallace Booth iba hacia ella, no acertó a echar a correr.

Wallace Booth le puso las manos en el cuello y empezó a apretar salvajemente. Sin embargo, sus dedos no tardaron en aflojar su presión. Se había dado cuenta de que Carlota era joven.

«¿Cuánto hace que no me desahogo con una mujer...?», pareció preguntárselo a sí mismo.

Empezó a quitarle, a arrancarle la ropa de encima Mientras, la muchacha gritaba, y jadeaba, y tosía.

El pequeño Hugo seguía en la cama con la mirada fija en el ya desnudo cuerpo de su hermana.

El hombre, tras haberla arrojado al suelo, iba a satisfacer sus instintos.

Luego de la violación, las manos del hombre volvieron, crispadas y violentas, al cuello de la muchacha. Era preciso que acabará con ella Además, que quizá en esta ocasión consiguiera que la lengua le saliera un palmo como mínima

Tampoco lo consiguió.

Sólo consiguió que en el cuello de su nueva víctima quedara un circundante hematoma

Acto seguido, Wallace Booth se volvió hacia el niño de ocho años. Había llegado su tumo.

El pequeño Hugo expresaba cada vez más espanto, más horror. Y lo cierto es que tampoco acertó a moverse al ver que el asesino se le acercaba.

En aquel momento, empero, se oyó un sonido que Wallace Booth

conocía muy bien. La sirena de una ambulancia

Comprendió que iban a atraparle de nuevo, a menos que se diera prisa y huyera. Desistió de matar al pequeño.

Salió corriendo de la casa.

Inútilmente, pues terminó en poder de quienes le estaban buscando desde hada varios días.

—Menos mal que el pequeño ha quedado con vida —comentó alguien.

Quizá hubiera sido preferible que no sucediera así.

El pequeño Hugo había sufrido un terrible shock. No había podido soportar impunemente los escalofriantes hechos que había presenciado.

Pronto se dieron cuenta de que había perdido la razón.

Fue internado, tras inútiles esfuerzos por sanarle, en el Sanatorio Psiquiátrico.

CAPITULO II

Catorce años después

Aquella muchacha tenía una silueta de proporciones perfectas, y el cabello oscuro, y los ojos pardos, almendrados. Se detuvo por unos instantes junto a la placa que ponía;

«Detective Hooglan»

Pareció vacilar un poco, pero sólo un poco. En seguida se decidió a pulsar el timbre.

No mucho después había sido recibida por el propio detective. Un hombre joven, atlético y varonil, de acerada, escrutadora e incisiva mirada.

—Usted dirá. —Y Glenn Hooglan se había sentado tras la mesa de su escritorio.

Ella se removió en el cómodo sillón que había ocupado. Estaba bastante nerviosa, resultaba evidente.

Sin embargo, era un hecho claro que se hallaba allí porque necesitaba ayuda, o al menos creía necesitarla. Así que no tenía por qué vacilar. Cuanto antes dijera de qué se trataba, antes podría sentirse tranquila.

—Soy enfermera —empezó a referir— y presto mis servicios en un Sanatorio Psiquiátrico. El doctor Dressler, el director del centro, es mi novio... Bueno, la verdad es que todavía no me ha declarado sus sentimientos. Pero va a hacerlo...

—No me extraña —sonrió Glenn Hooglan—. Es usted una

muchacha muy atractiva.

—Gracias —le devolvió la sonrisa, mientras pensaba que el detective valía más, mucho más que el susodicho doctor Dressler.

—No me ha dicho cómo se llama — le recordó el detective.

—Es cierto, perdone. Mi nombre es Corinne Pool. Y como le decía, soy enfermera…

—¿Dónde empieza el conflicto? —quiso ayudarla a proseguir—, El conflicto que la ha traído hasta aquí…

—Bueno, lo cierto es que todavía no ha pasado nada —dijo la muchacha—. Absolutamente nada.

—¿Pero va a pasar…? —preguntó Glenn Hooglan.

—Quizá se trate de meros temores míos —reconoció ella—. Pero no puedo evitarlo, el miedo se me ha metido dentro del cuerpo y me veo venir lo peor.

—¿Qué es lo peor? —quiso saber.

—Que me mate… — repuso Corinne, un poco castañeantes sus bien alineados dientes.

—Que la mate, ¿quién?

—Creo que será mejor que se lo explique todo desde el principio.

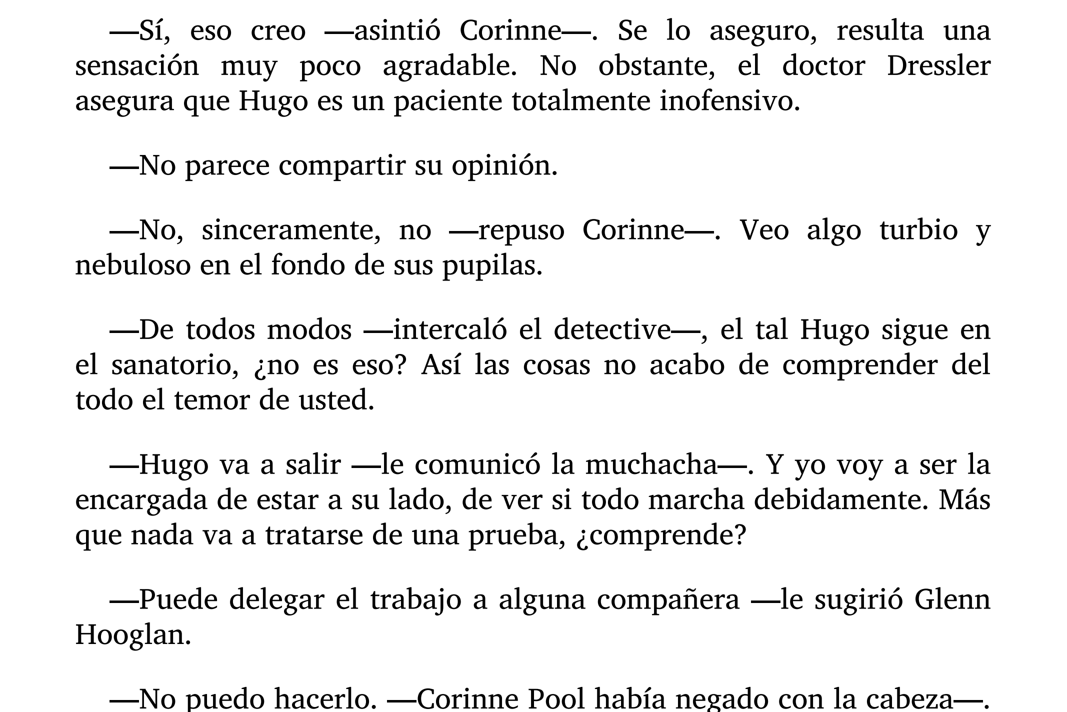
—Comparto su opinión.

A continuación, Corinne Pool había de referirle lo que sucedió catorce años atrás en la localidad de Brigersson. Un perturbado mental, llamado Wallace Booth, se escapó del Sanatorio Psiquiátrico donde estaba recluido y… Sí, le refirió aquellos hechos con toda clase de detalles. Escalofriantes y macabros detalles, no hace falta decirlo.

—¿Y bien…? —inquirió Glenn Hooglan al ver que la muchacha se detenía en su explicación.

—Hugo, que entonces era un niño, es ya un hombre — prosiguió la muchacha—, Y lo cierto es que me mira muy a menudo de un modo que no me gusta nada…

—Por como lo dice, deduzco que usted si le gusta a él…



—Sí, eso creo —asintió Corinne—. Se lo aseguro, resulta una sensación muy poco agradable. No obstante, el doctor Dressler asegura que Hugo es un paciente totalmente inofensivo.

—No parece compartir su opinión.

—No, sinceramente, no —repuso Corinne—. Veo algo turbio y nebuloso en el fondo de sus pupilas.

—De todos modos —intercaló el detective—, el tal Hugo sigue en el sanatorio, ¿no es eso? Así las cosas no acabo de comprender del todo el temor de usted.

—Hugo va a salir —le comunicó la muchacha—. Y yo voy a ser la encargada de estar a su lado, de ver si todo marcha debidamente. Más que nada va a tratarse de una prueba, ¿comprende?

—Puede delegar el trabajo a alguna compañera —le sugirió Glenn Hooglan.

—No puedo hacerlo. —Corinne Pool había negado con la cabeza—. El doctor Dressler tiene muy mala opinión de las personas débiles, pusilánimes, hasta tal extremo que si yo diera muestras de acobardarme, él… —se detuvo.

—Dejaría de mostrarse interesado por usted, ¿es eso?

—Más o menos.

—Eso quiere decir que usted está muy enamorada del doctor Dressler y que teme perderle. Lo teme tanto que está dispuesta a afrontar cualquier riesgo antes que defraudarle.

—Francamente —reconoció Corinne—, no estoy muy enamorada del doctor Dressler, no es éste el caso. Sin embargo, se trata de un hombre joven, de carrera, de muy buena posición, con un magnífico porvenir por delante, y hágase cargo, cualquier muchacha…

—Sí, claro —asintió el detective. Las siguientes palabras también habían de correr a su cargo—. Dígame, si puede saberse, ¿qué tengo que ver yo en todo esto?

—Deseo que usted me proteja, que usted se encargue de que «ese loco» no me mate.

—Usted no necesita un detective —sentenció Glenn Hooglan—, le

basta con un guardaespaldas.

—Sí, bien mirado así —admitió Corinne.

—Pues lo siento — fue rotunda la respuesta—. Yo no soy un guardaespaldas. Si se tratara de protegerla y al mismo tiempo de averiguar, de investigar algo, entonces sería distinto... Pero en este caso no hay nada que investigar, ni nada que averiguar, así que... Hacer simplemente de guardaespaldas, compréndalo, no se ajusta...

—Por favor, sólo serían unos días —insistió la muchacha—, Diez días a lo sumo, puedo asegurárselo.

La expresión de Corinne Pool era tan pesarosa, tan contrita, y por lo demás toda ella resultaba tan atractiva, que la firmeza de Glenn Hooglan se tambaleó.

Y pasados unos segundos, tras echar una nueva ojeada a la muchacha y decirse que por una vez podía muy bien hacer una excepción, se dignó manifestar:

—Bueno, de acuerdo. Me encargaré de que no le pase nada malo. Durante diez días, ni uno más.

—¡Oh, gracias!

—Y ahora —subrayó él—, siga facilitándome detalles...

Había de facilitárselos con largueza.

* * *

Así, pues, le explicó que Stella había vuelto a la localidad de Brigersson. Se fue con diecinueve años. Ahora tenía ya, pues, treinta y tres cumplidos. Con los años, desde luego, su belleza se había acrecentado.

Había regresado casada con un hombre de unos sesenta años, riquísimo. Un hombre que pertenecía a la nobleza y que había hecho de ella toda una dama.

Habían adquirido una hermosa mansión que tiempo atrás perteneció a un lord. Tal mansión se hallaba situada cerca del lago

que había relativamente cerca de la localidad propiamente dicha. Este era, sin lugar a dudas, el lugar más bello y sugestivo en muchas millas a la redonda.

Su marido, Edmund Wildentton, tenía dos sobrinos. A los que adoraba, hasta el extremo que costaba creer que no rectificara el testamento que había hecho en favor de su esposa.

Así las circunstancias, ¿a quién finalmente iría a parar su fortuna? Desde luego, y pese al testamento inicial, era todo un interrogante el que se cernía sobre ellos.

Como fuera, la verdad es que Stella, a poco de llegar a Brigersson, se interesó por su hermano. Acudió al Sanatorio Psiquiátrico, pidiendo ser recibida por el joven doctor Dressler, el director del centro.

Entonces se enteró de que su hermano continuaba allí. Sus facultades mentales seguían deterioradas, era, pues, un enfermo mental. Sin embargo, todas sus reacciones se destacaban como tranquilas y reposadas, incluso un poco infantiles por lo que podía considerárselo un paciente totalmente inofensivo.

—¿Podría llevármelo...? —preguntó Stella.

—¿En plan de prueba? —inquirió a su vez el doctor Dressler.

—Si no fuera posible de otra manera...

—Es todo lo que puedo proponerle en este momento.

—De acuerdo —Stella cerró el trato.

El doctor Dressler, empero, no quiso afrontar excesivas responsabilidades, así que consideró oportuno añadir

—Le acompañará una de mis enfermeras. Sólo durante los primeros días, claro. De este modo, de ir algo mal, procederá en consecuencia, subsanando...

—Nada ira mal —dijo Stella, interrumpiendo al doctor.

Esto había sido todo en aquella primera entrevista.

Una entrevista que luego se hizo extensiva al enfermo, al pequeño Hugo. El cual, en la actualidad, era un mocetón alto y fuerte, con un rostro donde por lo regular no había expresión.

* * *

Corinne Pool siguió explicándole que ella, al ser encomendada para aquella misión, había reaccionado con una gran profesionalidad. Pero la angustia le iba por dentro, por lo que había optado por contratar a un detective.

Necesitaba sentirse protegida, amparada. De lo contrario, lo sabía, los nervios acabarían jugándole una mala pasada.

—A propósito —continuó diciendo Corinne—, tengo una idea que sugerirle…

—Veamos —y Glenn Hooglan quedó pendiente de lo que ella fuera a decirle.

El señor Edmund Wildentton estaba escribiendo sus memorias. Había viajado mucho y todo aquello quería plasmarlo en un buen libro. Iba a poner un anuncio en el periódico, pidiendo un mecanógrafo o una mecanógrafa. Se trataba de pasar en limpio las muchas cuartillas que ya tenía escritas.

—Tal vez usted… —aventuró la muchacha—. Así compartiríamos el mismo techo…

—Stella piensa llevar a su hermano Hugo a la mansión recién adquirida en las afueras de la localidad de Brigersson, cerca del lago, ¿no es eso? —quiso saber el detective.

Por lo visto, antes de nada, deseaba aclarar este pormenor.

—Sí —afirmó la muchacha—. Y allí, Hugo pasará esos días de prueba con Edmund Wildentton y con los dos sobrinos de éste, y por descontado con su propia hermana. Y conmigo, claro, que voy a ser su enfermera.

—Y conmigo —puntualizó Glenn Hooglan—, pues voy a acudir el primero al anuncio del periódico. Su sugerencia me ha parecido acertada, debo reconocerlo así. Para que lo sepa —agregó con naturalidad y simpatía—, no sólo sé investigar y averiguar cosas, sé también escribir a máquina. Más de cuatrocientas pulsaciones por minuto, ¿qué le parece? No está nada mal, ¿eh?

Daba la sensación de que todo estaba dicho.

Corinne, incluso, se puso en pie y alargó la diestra al detective, despidiéndose.

Pero éste había de formularle una última pregunta:

—¿Qué me dice de Wallace Booth? ¿Qué vida lleva?

La respuesta de Corinne no se hizo esperar.

—Sigue en el Sanatorio Psiquiátrico. A través de los años se ha convertido en un ser totalmente distinto al que fue. Ahora se pasa el día de rodillas, pidiendo al Cielo que le perdone sus pecados… Pero la verdad es que no recuerda nada… El pasado se ha borrado de su mente.

CAPITULO III

En aquellos instantes, seis y media de la tarde, en la localidad de Brigersson el sol declinaba en el horizonte. Entre nubes de algodón. De un algodón que parecía haber absorbido sangre.

Los últimos rayos llegaban como una triste despedida o como un sanguinolento presagio, al pequeño patio jardín del Sanatorio Psiquiátrico. Al patio jardín de altas tapias. Donde a aquella hora, algunos pacientes aún se hallaban allí.

Eran los pacientes más tranquilos, más sosegados. Los que no planteaban problemas.

Uno de ellos era Hugo.

El otro Wallace Booth.

Estaban juntos, sentados en un banco de piedra. Últimamente siempre se les veía uno al lado del otro.

—Oye —dijo Wallace Booth—, el otro día vino a verte una mujer muy guapa. ¿Quién era?

—Mi hermana —contestó Hugo, sin expresar nada.

—Me pareció conocerla... — repuso Wallace Booth.

—A lo mejor sí.

—¿Cómo sabes que era tu hermana? Ten cuidado, tal vez quiera hacerse pasar por lo que no es...

—Es mi hermana, la recuerdo —repuso Hugo—. Yo la quería mucho.

—¿Por qué os separasteis? —preguntó Wallace Booth.

—Ella se fue a Londres, estaba cansada de pasar privaciones. Se ha casado con un hombre muy rico, ¿sabes? Ahora tiene dinero a manos llenas...

—Tal vez vuelva por aquí y te traig3 dulces…

-Sí.

—Guárdame alguno, ¿eh?

—Sí, no te preocupes. Para algo somos amigos.

—Me gustaría saber… saber… —y Wallace Booth se golpeó la frente repetidas veces, como para hacer salir lo que no terminaba de acudir a su memoria.

—¿Qué es lo que te gustaría saber? —inquirió Hugo.

—Dónde he visto antes a tu hemana… Pero bueno —se interrumpió a sí mismo—, ya está bien de hablar, de charla. Debo pedir perdón… Hoy aún no he hecho penitencia…

Se levantó del banco de piedra y se fue unos metros más lejos. En aquel lugar cayó de rodillas y allí se quedó, quieto, estático, durante mucho rato.

Era como si viviera en otro mundo. Un mundo alejado, distante, perdido entre vapores, sombras y nieblas.

Mientras tanto, Hugo conversaba consigo mismo:

«Stella volverá… Quiere llevarme consigo… Es una buena hermana… Sí, claro, yo debo hacer algo por demostrarle que también soy un buen hermano… Pero ¿qué puedo hacer yo por ella? No se me ocurre… No se me ocurre… ¡Sí, ya lo tengo! Mataré a los dos sobrinos de su marido… Y también a su marido.. ¡Así todo el dinero será para ella!»

* * *

Edmund Wildentton se había enamorado perdidamente de Stella. Desde el primer momento se sintió cautivado por sus fantásticos ojos verdes y por su deslumbradora cabellera negra. Así que le declaró sus sentimientos y le pidió que fuera su esposa.

Stella, hasta entonces, no había llevado una vida muy ejemplar. Pero a Edmund Wildentton no pareció importarle demasiado que

hubiera sido de este modo. Por lo visto se trataba de no perderla al precio que fuera.

Stella aceptó su propuesta de matrimonio. Caro que sí. Una oportunidad como aquélla era lo que siempre había estado esperando.

Por sus años, Edmund Wildentton hubiera podido ser su padre, pero la diferencia de años, a ella, le tenía sin cuidado. Lo único que deseaba es que fuera generoso.

Y lo era. La estaba llenando de joyas. Además, que había hecho testamento a su favor, dejando a un lado a sus sobrinos. Y ya se encargaría ella, como fuera, de que no cambiara de parecer.

Punto aparte, a Stella no le costó nada convencer a su marido de que debían llevarse a Hugo con ellos.

—¿Tú crees que está en condiciones…? —objetó Edmund Wildentton, no obstante, en un principio.

—Es sólo una prueba —dijo ella—. Si las cosas no van bien, con volver a llevarle…

—Como tú quieras, querida.

Pasados unos días, Stella volvió al Sanatorio Psiquiátrico. Sabiendo ya que contaba con el beneplácito de su marido. Requisito imprescindible del que, claro está, no podía prescindir.

Le recibió de nuevo el director del centro, el doctor Dressler, mostrándose tan amable como la otra vez.

En esta ocasión, sin embargo, Stella no se limitó a hablarle de su hermano. Necesitaba saber qué había sido de Wallace Booth.

—Sigue aquí — le informó el joven doctor Dressler.

—Es raro que no se haya escapado de nuevo… —dijo ella.

—No es fácil salir de aquí. Lo consiguió una vez, pero fue debido el descuido de uno de los enfermeros.

—Yo tenía entendido —repuso Stella— que se escapó a través de un pasadizo que él mismo había construido.

—¡Oh no! —aseguró el doctor Dressler.

—¿Está usted seguro...? — insistió ella.

Recordaba perfectamente lo que el propio Wallace Booth le dijera al respecto.

—Sí, claro —había de agregar—: Por lo demás, ahora ya no es peligroso...

—¿Está usted seguro...? — repitió ella.

—Sí, sí... —Y sin más—: Quiere ver de nuevo a su hermano, ¿verdad? Si le ha de llevar consigo, será preferible que se lo diga, que se lo proponga... Y si reacciona bien, por mí no ha de quedar...

—Gracias, doctor.

Instantes después, a Stella le era franqueado el paso hacia el patio jardín, protegido de alta tapia. Allí se hallaba Hugo. Solo. Sentado en un banco de piedra.

—¿Qué tal estás, Hugo? —le preguntó ella, acercándose.

—Bien —contestó él.

—Dime, ¿te gustaría venir a vivir conmigo? —sonrió Stella—. Supongo que á. Después de tantos años de separación...

—Seré feliz dejando este encierro —aseguró Hugo—. Eso sí, lo sentiré por Corinne, es una enfermera que me gusta mucho...

—A mi lado no te faltará nada.

—Claro, eres una mujer muy rica... —Hugo bajó el tono hasta hacerlo casi inaudible, y entonces, sólo entonces, agregó—: Pero para no dejar de serlo te interesaría que los sobrinos de tu marido murieran... ¿Y sabes qué te digo? Yo podría matarles.

—¿Quéeeeee...? — respingó Stella.

—Lo que he dicho. Tú me llevas a vivir con ellos y yo te los quito de en medio... —pero la verdad es que la expresión de Hugo seguía sin expresar nada.

—¿Quéeeeee...? —repitió Stella.

—Lo haré bien, no tienes por qué preocuparte. Me buscaré coartadas... No, no será fácil que nadie pueda achacarme esas

muertes... Soy más listo de lo que todos se imaginan... Además, que no estoy loco como todos suponen...

Stella se había estremecido hasta los huesos, hasta los mismísimos huecos.

No ciertamente por las palabras que había pronunciado su hermano, sino porque acababa de comprender que a ella le gustaría que a Dennis y a George, los dos sobrinos de su marido, les sobreviniera un accidente... mortal. Así quedaría zanjado de un modo definitivo aquel asunto.

En consecuencia, el ofrecimiento de su hermano se le antojó sumamente apetecible. Aunque sólo hasta cierto punto, claro. Hugo tenía perturbadas sus facultades mentales y no podía en realidad fiarse mucho de él.

Hugo dijo:

—De pequeño te tenía mucho cariño, ¿recuerdas? Por eso, cuando el otro día te vi entrar aquí, te reconocí en seguida... No es fácil olvidar a una hermana tan querida... Tan querida —repitió— que por ti sería capaz de matar...

—¿De veras? ¿De veras serías capaz de hacerlo? —preguntó Stella con un hilo de voz, tras haber mirado a su alrededor y ver que nadie les oía

—Claro, claro que sí —asintió Hugo.

—Y nunca dinas a nadie que tú y yo estábamos de acuerdo, ¿eh? —seguía el hilo de voz—. Aunque te cogieran con las manos en la masa y quedaras al descubierto...

—¡Oh no! ¡Por descontado que no! —aseguró Hugo—. ¿Cómo iba a delatarte a ti? ¡Por nada del mundo!

—Pues si me prometes hacerlo bien... —empezó a decir Stella, con el corazón martilleándole en el pecho—, yo, a cambio, te juro que no volveré a dejar que te encierren aquí.

—A menos que me detengan por asesino —dijo Hugo—. En tal caso, es preferible a la cárcel, o a la horca.

Stella se preguntó si su hermano estaría loco de verdad. Pero sabía que sí, que lo estaba.

—Sí, claro, en ese caso… —se limitó a asentir.

—Dime, ¿quieres que mate también a tu marido? —preguntó Hugo a continuación.

—¿Quéeee…? —Y Stella volvió a estremecerse hasta los huesos, hasta los mismísimos huesos.

—Así podrías casarte con Ryan —repuso Hugo—. Era tu novio, ¿no? Os amabais.

—Sí, nos amábamos.

—Seguro que no se ha casado —dijo Hugo—. Seguro que sigue esperándote.

—No, no se ha casado — contestó Stella.

Apenas llegó a Brigersson, Stella preguntó por Ryan Damell. Seguía soltero. Unos y otros afirmaban convencidos que no había podido olvidar a la muchacha que había querido con toda su alma.

—Primero los sobrinos. Después tu marido —concretó Hugo—. Y una vez hecho, tú serás una mujer rica, libre y feliz.

—De acuerdo, Hugo… —se asustó de sí misma, pero no pudo evitar que las palabras salieran de su boca—. Y gracias…

En aquel preciso instante oyeron unos pasos. Alguien se estaba acercando.

Cuando Stella vio de quién se trataba, se quedó rígida, tensa, sin poder tragar saliva.

Era Wallace Booth. Mucho más delgado que años atrás, y ahora bastante envejecido. Pero sus ojos eran los mismos de siempre. Negros como alas de cuervo y brillantes como ascuas encendidas.

—La he visto antes… —musitó mirando muy fijamente a Stella—, No recuerdo dónde… Ayúdeme a recordar, por favor…

—Es mi hermana — repuso Hugo—. Va a sacarme de aquí. Va a llevarme a vivir con ella.

—¿Vas a irte? —inquirió Wallace Booth con gesto desalentado, dirigiéndose a Hugo—. ¿Vas a dejarme solo? ¡Decías que eras mi amigo!

—Tal vez vuelva —sonrió Hugo.

CAPITULO IV

Glenn Hooglan estaba escribiendo a máquina. Tecleteaba muy rápidamente, como si en su vida no hubiera hecho otra cosa.

Edmund Wildentton le había recibido, haciéndole una prueba. Una prueba que había resultado plenamente satisfactoria. En consecuencia, acababa de ser admitido para el puesto que solicitaba el anuncio del periódico.

Viviría en la mansión mientras las memorias no estuvieran debidamente concluidas. Desde luego, a juzgar por las correcciones y arreglos que iban a resultar imprescindibles, el detective dedujo que había trabajo para días. Para muchos más días de los que él estaba dispuesto a permanecer allí. Bueno, a su debido tiempo ya se las arreglaría para no quedar mal del todo.

El despacho era una pieza elegante y amplia. Sin duda debía ser así toda la mansión. Aunque de momento sólo había visto el vestíbulo, la ancha escalera y el trozo de corredor que conducía al dormitorio que le habían destinado.

Su dormitorio, muy acogedor, estaba situado junto a los otros. De lo que se desprendía que iba a ser tratado con consideración, con ciertas deferencias.

De esto se convenció cuando el propio Edmund Wildentton entró en el despacho y le dijo:

—Venga al salón a tomar un whisky. Le presentaré a mi familia.

—Es usted muy amable. Gracias.

Edmund Wildentton se conservaba muy bien para su edad. Bastaba mirarle para saber que practicaba con asiduidad varios deportes.

Ya en el salón, el detective conoció a Stella, una mujer joven y hermosa que debía estar acostumbrada a que los hombres la desearan fervientemente.

—Mi esposa.

—Mucho gusto, señora.

Conoció también a Dennis y George, los sobrinos. De unos veinticinco y veintiocho años aproximadamente. Ambos rubios, de expresión alegre y despreocupada. Ambos, asimismo, elegantemente vestidos, con magníficos relojes de oro. No cabía dudarlo, el tío era pródigo con ellos.

Seguidamente conoció a Hugo. Este rehuía la mirada de unos y otros, sintiéndose azorado al verse en un lugar como aquél. Y al verse, por descontado, ante personas que le eran totalmente desconocidas.

Faltaba una presentación.

—Es la enfermera de mi hermano Hugo, la señorita Pool… Corinne Pool… —había dicho Stella.

—Es un placer —repuso el detective, con naturalidad, como si no la conociera de nada.

—¿Le apetece un whisky? ¿O prefiere un brandy? —ofreció Edmund Wildentton.

—Un whisky.

—Sírvase usted mismo, por favor —y le indicó el mueble bar con un gesto.

—Otro para mí, si es tan amable —te solicitó Stella.

Estaba allí para no perder de vista a Hugo. En realidad era ésa su única misión.

Le tuvo en observación, pues, durante todo el rato que permaneció en el salón. Aunque fue la suya, no hace falta decirlo, una observación discreta.

Sacó una conclusión. Que Hugo miraba a su enfermera por el rabillo del ojo, sin atreverse a hacerlo abiertamente, y que en el fondo de sus pupilas, en esos momentos, se veía algo turbio y nebuloso. En efecto, Corinne Pool no estaba asustada sin motivo.

Ahora bien, Glenn Hooglan reparó también en otra circunstancia, y ésta, tal vez, más digna aún de estudio, de consideración.

Hugo estaba pendiente de lo que dijeran o dejaran de decir Dennis y George. Lo mismo que si de sus palabras dependiera que el mundo quedara en su sitio o se viniera abajo. Tanta atención resultaba exagerada, excesiva.

En cualquier caso, Hugo no les miraba a ninguno de los dos. Un detalle curioso, digno de análisis.

Aunque tampoco miraba a los demás. Sólo a Corinne, y lo hacía a hurtadillas. Tal vez todo sería distinto cuando se aclimatara a su nuevo ambiente, a las personas que ahora le rodeaban.

—¿Quieres algo de beber...? —le preguntó Stella a su hermano, quien había empezado a frotarse las manos como si tuviera frío.

—No tengo sed — contestó Hugo.

—Ya lo sabes —dijo Stella seguidamente—, estás en tu casa. Dispón de todo como si fuera tuyo.

—Gracias —sonrió Hugo, y volviéndose hacia Edmund Wildentton —: Gracias también a usted... Son muy buenos conmigo... —había alzado la mirada, del todo, quizá por primera vez. Y por eso aprovechó la ocasión para mirar a los sobrinos, a Dennis y a George —. Muy agradecido también a vosotros —añadió—, Claro que sí...

—Deseamos que seas feliz aquí —observó Edmund Wildentton—. Si tú lo eres, también lo seremos nosotros.

Miró a Stella, convencido de que con estas palabras se había granjeado un poco más el cariño de su guapa, seductora y joven esposa.

Esta suavizó, endulzó la expresión. Y el marido se quedó complacido, lejos de imaginarse el pacto al que ella y su hermano habían llegado.

Por lo que respecta a Dennis y a George, ambos se esforzaban por estar amables con Stella.

En cuanto a Corinne, se comportaba discretamente, sin' olvidar en ningún momento cuál era su puesto en aquella casa, en aquella mansión. Era una enfermera que debía cumplir con su obligación, esto era todo.

Sin embargo, la muchacha se permitía alguna mirada de más al

detective. Al atlético y viril detective que le había hecho llegar a la conclusión de que no valía la pena que se esforzara con conquistar al doctor Dressler.

—Con el permiso de ustedes… —terminó diciendo Glenn Hooglan —. Me espera el trabajo…

Los demás se quedaron en el salón, alrededor de la encendida chimenea, sobre cuya repisa de mármol negro había un magnífico y regio reloj dorado. Sentados en cómodos y mullidos sillones, resultaba grato permanecer allí.

* * *

Stella le había dicho a su marido que tenía hora en la peluquería Cogería el descapotable que él le había comprado recientemente. Le encantaba aquel coche.

—De acuerdo, querida.

Edmund Wildentton siempre le respondía lo mismo. Estaba demasiado enamorado de ella para acertar a hacerse otras cábalas que no fueran aquellas que a sí mismo le dejaban complacido.

Stella se miró al espejo y quedó satisfecha de su examen. Cada día estaba más guapa.

Abrió el armario y sacó un abrigo de piel de leopardo. Las pieles le encantaban. Era una de sus muchas debilidades.

Ya al volante de su coche descapotable, y tras dirigir una mirada al hermoso lago cerca del cual se hallaba asentada la mansión, se dirigió hacia Brigersson.

Pero un par de minutos después, giró a la derecha, por un camino vecinal, y conectó con la carretera que llevaba a la vecina localidad.

El día antes había telefoneado a su ex novio, a Ryan Damell. A la carnicería. Donde seguía trabajando por un sueldo que apenas le daba para ir tirando.

Habían quedado en verse.

Y ahora se dirigía a la cita, convencida de que todo podía volver a ser ideal. Como años atrás.

Al llegar cerca de una vieja cabaña, abandonada y casi a punto de venirse abajo, Stella detuvo el coche.

Era el lugar acordado.

Un buen lugar, porque por allí no había casas, ni gente. Sólo había niebla.

Apenas llegó a la vieja cabaña, empujó la puerta y entró. Entonces vio que Ryan Damell estaba ya esperándola.

—Stella... —murmuró su nombre.

Ella se precipitó hacia los brazos del hombre. Brazos que se abrieron para recibirla, para cobijarla.

—Siempre te he querido —musitó Ryan Damell luego de besarla

—Yo también —contestó ella tras haber correspondido apasionadamente el beso.

—¡Pero esto es una locura! —exclamó Ryan Damell pocos instantes después—. Esto no es posible... ¡Tú estás casada y te debes a tu marido!

—Pronto seré libre como un pájaro, y rica —le aseguró Stella—. Entonces nos casaremos.

—Eso sería un sueño —contestó Ryan Damell.

—Pues el sueño se realizará. Ya lo verás.

—¿Cómo...? — preguntó.

—Te lo explicaré más adelante. Ahora, bésame de nuevo y hazme olvidar lo que he sufrido. ¡Porque yo sólo te he querido a ti! ¡Debes creerme!

—Siempre he sido pobre —se lamentó—. Nunca he tenido nada que ofrecerte, y por eso, por la maldita falta de dinero...

—Nuestra suerte va a cambiar —afirmó ella—. Pero ahora no perdamos el tiempo hablando. ¿Recuerdas, Ryan, cuando nos reuníamos y hacíamos el amor?

—¡Eras tan apasionada, tan fogosa, tan vehemente! —exclamó, estrechándola entre sus brazos.

Tardaron en separarse.

Pero al regresar a la mansión, a Stella le bastó componer el gesto, esbozar una sonrisa y decir.

—En la peluquería no se acaba nunca.

CAPITULO V

George estaba pensando que fue un mal día aquel en que su rico tío conoció a Stella. Todo se había complicado en su vida y en la vida de su hermano Dennis.

Sin embargo, reflexionó, seguro que su tío terminaba rectificando el testamento.

Con sus reflexiones, George llegó hasta el lago, cuya tranquila y plácida superficie sugería la idea de una hermosa paz. Por el otro lado, hacia el sur, la vegetación se hacía densa.

Las sombras de la noche empezaban a mezclarse con el tono grisáceo de la niebla.

George creía estar solo.

Pero reparó, sobre las aguas del lago, en unos círculos concéntricos cada vez más amplios, mayores. Comprendió, pues, que instantes antes alguien había dejado caer alguna piedra, o algo así. Voluntaria o involuntariamente.

Y como sea que ese alguien no había tenido tiempo de alejarse, eso significaba que debía estar por allí, escondido entre los juncos que bordeaban el lago. Que en según qué sitios, se agrutaban de una forma tan compacta que no podía verse en absoluto a través de ellos.

A George le sorprendió que, quien fuera, se tomara la molestia de esconderse.

¿Por qué hacía una cosa así? No tenía sentido. Resultaba realmente absurdo.

Siguió mirando a su alrededor. La mansión se perfilaba no demasiado lejos, imponente, regia, majestuosa. Pero se perfilaba entre densos jirones de niebla, lo que le confería un aspecto algo inquietante.

A George le gustaba más la ciudad. Aquel lugar no era de su

agrado. Sin embargo, por nada del mundo dejaría a su tío en manos de su joven y bella esposa, cuya pretensión era que Dennis y él nunca recibieran ni una libra.

Si allí tenía que aburrirse, pues se aburriría. Cualquier cosa antes que dejar el camino libre, expedito, a su enemiga. Porque Stella era su enemiga, no había por qué dudarlo. No había por qué darle vueltas innecesarias al asunto.

Por lo demás, él tenía su coche propio. Como lo tenía su hermano Dennis. Y como lo tenía, naturalmente, la propia Stella. Y con un buen coche las distancias no son problema Si le apetecía ir a Londres, lo tenía sencillo. Se ponía al volante y en poco tiempo estaba allí.

Por cierto, cuando Stella cogía su coche y se alejaba de la mansión, ¿iría ciertamente adonde decía que iba? No estaba muy convencido de ello.

Había oído comentar que se reunía a escondidas con un hombre, con Ryan Damell, con el que años atrás fuera su novio. Pero, claro, no iba a creerse a pie juntillas ni esos ni otros comentarios. La gente es muy chismosa.

George oyó ruido, pareciéndole que unos juncos se movían.

Se quedó con un zumbido en los oídos. Era el anormal latido de sus arterias.

Se había alterado. Lo suficiente al menos para comprender que por primera vez en su vida tenía miedo de algo.

¿Pero de qué?

O mejor, ¿de quién...?

No hubiera podido decirlo. No obstante, le causaba una sensación desagradable, agobiante, saber que allí había alguien, y que estaba escondiéndose.

Si lo hacía era por algo.

Y no sería por nada bueno.

Volvió a oír que los juncos se movían, y entonces vio, o le pareció ver, que entre sus tallos había asomado una cuchilla de carnicero...

¿Pero qué disparate estaba viendo? Ni que hubiera bebido un par

de botellas de brandy!

Pensó, sin embargo, que lo mejor que podía hacer era alejarse de allí.

Y pensó, para no pasar por donde los juncos se habían movido, dar la vuelta y llegar a la mansión por el otro lago.

Pero vaciló.

En eso, oyó otro ruido, éste a sus espaldas, y George giró en redondo muerto de miedo.

Pero ni antes, cuando le pareció ver la cuchilla de carnicero, ni ahora, nadie surgió ante sus ojos.

Igual, exactamente igual que si todo aquello se lo estuviera imaginando.

Sin embargo, recordaba perfectamente los círculos concéntricos, cada vez más amplios, mayores, sobre la superficie lisa y serena del lago...

No, no estaba solo.

* * *

A Glenn Hooglan le pareció oír un grito. Había llegado desde el exterior.

Sin embargo, no hubiera podido asegurarlo. Se hallaba en el despacho y la ventana estaba cerrada.

Dejó de tecletear y se acercó a los cristales de la ventana, a través de los cuales miró hacia fuera.

No vio nada. Los jirones de niebla dificultaban la visión.

Reparó en que se acercaba un coche. Se preguntó quién sería

Pronto había de saberlo. Stella fue a recibirle, saludándole con manifiesta amabilidad.

—¿Qué tal, doctor Dressler? Encantada de verle.

—Disculpará mi presencia, ¿verdad? Deseo ver a Hugo y convencerme de que todo va bien.

—No faltaría más. Pase usted.

Glenn oyó perfectamente este intercambio de palabras. La puerta del despacho había quedado entreabierta. Asimismo, reparó en el recién llegado, un hombre de unos treinta años como máximo. Era de normal estatura.

—¿Y Hugo...? —oyó preguntar seguidamente al doctor Dressler. Quien había de añadir—: Poco antes de llegar he oído un grito. Francamente, he pensado en Hugo y me he asustado un poco...

—¿Un grito? —se sorprendió Stella—, Yo no he oído nada. En cuanto a Hugo, no creo que ande lejos.

—El grito procedía del lago, o de sus alrededores. Lo juraría. Por favor... —demostró cierta impaciencia—, vaya a ver dónde está Hugo.

Apenas acabó de pronunciar el nombre de Hugo, cuando éste se dejó ver. No esperaba encontrarse con el doctor Dressler y lo demostró con un gesto de total perplejidad.

—¿Ah, usted...?

—¿Cómo te encuentras, Hugo? —la pregunta fue toda naturalidad.

—Bien, bien... Estaba dando una vuelta a esta casa, a esta mansión... Acabo de entrar por la puerta trasera...

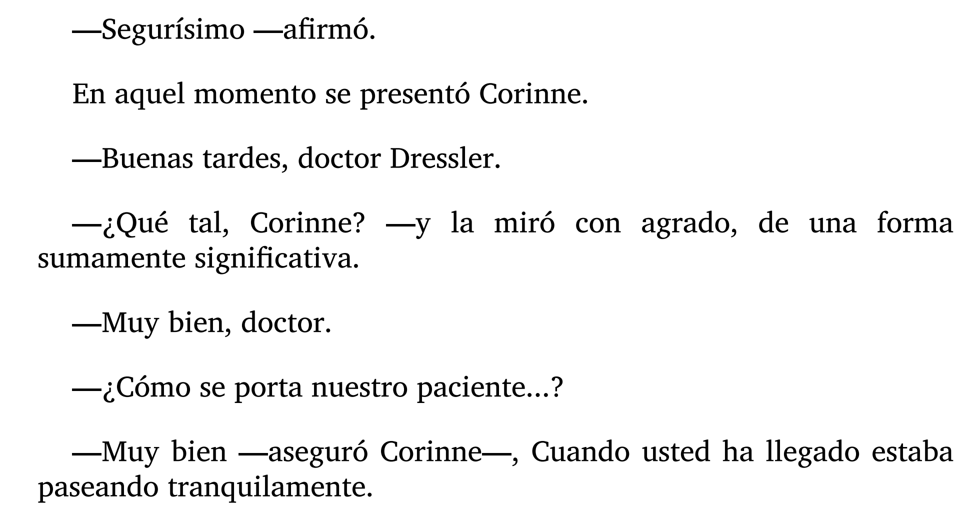
—Pero pase, doctor Dressler, por favor —invitó Stella.

Aún se hallaban en el vestíbulo. Así que Glenn, hasta aquel momento, había presenciado la escena sin ninguna clase de cortapisas.

Entraron en el salón, donde no había nadie, y el doctor Dressler, tras intercambiar con Hugo unas cuantas palabras, volvió a lo mismo de antes.

—He oído un grito hará un par de minutos. ¿Quién ha podido gritar así? Era un grito lleno de horror, de espanto...

—¿Está seguro de haberlo oído? — preguntó Stella.



—Segurísimo —afirmó.

En aquel momento se presentó Corinne.

—Buenas tardes, doctor Dressler.

—¿Qué tal, Corinne? —y la miró con agrado, de una forma sumamente significativa.

—Muy bien, doctor.

—¿Cómo se porta nuestro paciente…?

—Muy bien —aseguró Corinne—, Cuando usted ha llegado estaba paseando tranquilamente.

—¿Con usted? —quiso saber.

—Ha preferido pasear solo.

—Excelente —comentó el doctor Dressler. Y mirando a Hugo—: Qué, ¿eres feliz viviendo aquí?

—Sí, sí —asintió Hugo.

Pero la visita del doctor le había hecho sentir inquietud, desconfianza. De ello, sin duda, que poco a poco fuera retrocediendo y terminara ocupando un sillón situado en uno de los extremos de la amplia estancia.

—Respecto al grito que he oído… —insistió el doctor Dressler.

Por lo visto no las tenía todas consigo.

Corinne no necesitó nada para asustarse. Se dijo que no debía haber dejado solo a Hugo.

—Con su permiso, señora —dijo Corinne, dirigiéndose a Stella—, voy a preguntar al señor Hooglan. Quizá él sí haya oído algo y sepa…

—Sí, vaya a preguntarle —contestó Stella.

La muchacha salió del salón, e instantes después estaba de vuelta, acompañada de Glenn.

—El doctor Dressler… El señor Hooglan, secretario de mi marido… —presentó Stella.

—Sí, me ha parecido oír un grito —confirmó Glenn—, Pero la ventana del despacho estaba cerrada y no podía estar seguro...

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó Dennis en aquel momento.

Había aparecido en el dintel de la puerta.

Se lo explicaron. El doctor Dressler había oído gritar a alguien, por el lago o por sus alrededores. También Glenn Hooglan había oído algo. Se estaban temiendo un hecho desagradable.

—¿Qué pasa...? —esta vez fue Edmund Wildentton el que formuló la pregunta.

Acababa de aparecer, asimismo, en el dintel de la puerta.

En aquel momento sonó el llamador de bronce de la puerta principal. Y sonó repetidamente, de forma torpe y vacilante.

La sirvienta fue a abrir, y apenas así lo hizo se puso a chillar histéricamente.

Los ocupantes del salón, a excepción de Hugo, se precipitaron fuera de la estancia. Llegaron allí en brevísimos instantes.

Entonces se quedaron petrificados ante la escalofriante escena que sus ojos contemplaron.

George estaba ante ellos, tambaleante como un pobre beodo. En el pecho llevaba hundida, incrustada, una cuchilla de carnicero... Sólo asomaba el mango y poco más. De la herida manaba la sangre con profusión, como el agua de una ducha.

Debía estar ya medio desangrado. Otra cosa no podía concebirse en buena lógica.

—¡George! —exclamó su hermano Dennis, precipitándose hacia él y sujetándole.

—Ha sido junto... junco a los juncos del... del lago... —balbuceó George.

—¿Quién...? ¿Quién...? — preguntó Stella.

—No lo sé —contestó George—. El brazo ha surgido de... de entre los juncos, de entre las... las sombras, de entre la.. Ia niebla...

Se llevó las manos a la cuchilla, que no se había atrevido a arrancar de su pecho. Sin duda comprendía que, si lo hacía así, arrancaría a su vez la vida de su cuerpo.

De cualquier modo, su final estaba ya listo para sentencia. Sólo se trataba de soportar, mejor o peor, aquella terrible y escalofriante agonía Sólo se trataba por otro lado, de vivir unos pocos segundos más.

George abría desmesuradamente los ojos. Unos ojos, hasta hacía poco, brillantes de juventud y de ilusiones. Que ahora se veían cubiertos por el velo de la muerte.

—Dennis… —pronunció el nombre tras sentir que las rodillas se le doblaban, que el cuerpo se le abatía que la vida se le iba—. Ten cuidado… Ahora va a tocarte a ti…

Gastó las fuerzas que le quedaban en esta advertencia

Luego cayó desplomado al suelo, sin que Dennis pudiera evitarlo.

Había muerto.

CAPITULO VI

Mientras esperaban al inspector de la policía, las sospechas de unos y otros se dirigían hacia Hugo. ¿Acaso no era normal desconfiar de él, de un perturbado mental?

Stella había de defenderle.

—Cuando ha sonado el grito, Hugo estaba dando la vuelta a la mansión. No se hallaba, pues, cerca del lago...

—¡Quién le ha visto? — preguntó Dennis. Y dirigiéndose a la enfermera—: ¿Acaso usted, señorita Pool?

—No, no... —reconoció Corinne.

—Así lo haremos constar al inspector —dijo Edmund Wildentton—. Lo lamento, querida... —se había vuelto hacia Stella—, pero, hazte cargo, no podemos.

—¿Me permiten una observación? —preguntó Glenn, interviniendo.

—Por descontado que sí —asintió Edmund Wildentton.

—Hugo ha aparecido en el vestíbulo un par de minutos después de haberse oído el grito. Y como sea que del lago hasta aquí hay una distancia que no puede hacerse en tan breve espacio de tiempo...

—¿Ni corriendo? —inquirió Dennis—, ¿Ni corriendo como un loco? Y nunca mejor dicho eso de loco...

—Ni aun así, me consta —dijo Glenn—. Unas piernas no dan para tanto.

—Me ha tranquilizado usted —repuso el doctor Dressler, que dadas las circunstancias había decidido quedarse allí y esperar, conjuntamente con los demás, la llegada del inspector.

—Y a mí también me ha tranquilizado —reconoció Corinne,

demostrando que hasta aquel momento no había visto nada claro todo aquello.

—¿Quién, pues, ha podido matarle…? —mascullló Edmund Wildentton entre dientes—. Era un muchacho excelente, que se merecía lo mejor…

—Cuesta imaginar quién haya podido hacerlo —admitió Stella, esforzándose porque su íntima satisfacción no saliera a flote.

Hasta aquel momento, Hugo había permanecido en el salón dando la sensación de sentirse acobardado. Como si comprendiera que estaba resultando el sospechoso número uno.

No obstante, había oído decir a Glenn Hooglan que en dos minutos no era posible llegar del lago a la mansión, y tal afirmación parecía haberle proporcionado cierta tranquilidad.

Finalmente se había decidido a salir del salón.

—¿Por qué no vas a descansar un poco…? —le sugirió Stella al verle aparecer—. Hasta que no llegue el inspector… Vale más que te encuentre tranquilo y reposado… Si quieres, yo te acompaño…

—Bueno, bueno… —asintió Hugo. Añadió—: Sí, claro, es mejor que descanse mientras no sea la hora de la cena, o mientras no llegue el inspector… Sí, prefiero que me acompañes…

Instantes después, Stella y Hugo subían la escalera. Seguidos por la mirada de todos ellos, cuya expresión y significado resultaba, evidentemente, difícil de calibrar.

Ya en el piso, habiendo recorrido el largo corredor, entraron en el dormitorio de Hugo. Stella tuvo un cuidado muy especial en dejar bien cerrada la puerta.

—Dime, Hugo… —había bajado su tono hasta dejarlo convertido casi en un susurro—, ¿cómo has podido, en dos minutos, llegar desde el lago…?

—Ya te dije que lo haría bien, que me buscaría coartadas… —le contestó—. No, no será fácil que nadie pueda achacarme esa muerte, ni las siguientes… Desde luego, soy mucho más listo de lo que todos se imaginan. Además —y había de repetir lo que ya dijera en ulterior ocasión—, que no estoy tan loco como todos suponen…

Stella tuvo tentaciones de preguntarse de nuevo, otra vez, si su hermano estaba verdaderamente loco o si, como él aseguraba, no lo estaba tanto.

Pero todo había salido de un modo perfecto. No tenía, pues, nada que objetar, nada que oponer. Las cosas acabarían saliendo redondas.

No obstante, de pronto cayó en la cuenta de que algo podía ir mal, algo podía complicarse. No por lo que pudiera referirse a Hugo, ni a ella. Pero sí por lo que pudiera referirse a otra persona.

—Hugo... —murmuró bajito—, creo que no has estado acertado al elegir el arma homicida.

—¿Por qué no? —preguntó él—, ¿Qué tiene de malo una cuchilla de carnicero?

—Tiene de malo —dijo Stella— que pueden achacarle el crimen a una persona que yo conozco.

—¿A quién...? —preguntó Hugo. Pero sin necesidad de que Stella le respondiera—. ¡Ya sé! A Ryan... A Ryan Damell... Perdona, no he caído en la cuenta de ello.

—La próxima vez —le aconsejó Stella—, hazlo de otro modo...

—Te obedeceré. —Y sin transición, con gesto de quien está convencido de que merece un ferviente y entusiasta aplauso—: Estás satisfecha de mí, ¿verdad?

—Sí, mucho —contestó ella.

Stella no quiso seguir hablando. Nadie debía sospechar de aquellas maquinaciones.

Dejó a su hermano echado en la cama, sobre la colcha que no había sido retirada, y ella, tras respirar hondo, sal» de allí.

Ya de nuevo abajo, comentó:

—El pobre está muy impresionado.

—No debe temer nada —dijo Glenn Hooglan—. El no pudo llegar desde el lago hasta aquí en dos minutos. Y así se lo haré constar al inspector.

—Se lo agradeceré mucho — repuso Stella.

En efecto, así que llegó el inspector, Glenn Hooglan le expuso sus puntos de vista, entre los cuales destacaba el apuntado. Hugo no podía haber cometido aquel crimen. En modo alguno.

El inspector coincidió con el detective. A Hugo, por tanto, había de dejarle fuera de toda duda, de toda sospecha, de toda suspicacia

—No diga a los demás que soy detective —le rogó Glenn, aprovechando que los demás se hallaban, en aquel momento, algo alejados—. Así me será más fácil colaborar con usted, buscar alguna pista.

—De acuerdo —respondió el inspector.

Seguidamente, éste se dedicó a interrogarles. Uno de los presentes, sin duda, debía ser el culpable. Aunque podía serlo cualquier otra persona. ¿Por qué no?

Poco después hablaba el doctor Dressler.

—Supongo que podré irme de aquí en cuanto acabe mi declaración, ¿no es eso?

—Naturalmente —le contestó el inspector, que era un buen amigo suyo.

Apenas la ambulancia se llevó el cadáver de George, camino de la autopsia su hermano Dennis se las arregló para cruzar unas cuantas palabras con el inspector de policía A solas.

—Dígame.

—Se trata de la esposa de mi tío. Desde luego —puntualizó— doy por descontada su discreción.

—Hable.

—Hace años tuvo un novio, un tal Ryan Damell. Al volver aquí, a Brigersson, ha vuelto a verle. Por lo menos eso dice la gente.

—¿Y bien…? —quiso saber el inspector.

—Hace años que Ryan Damell trabaja como dependiente.

—¿Y bien…? — insistió el inspector.

La respuesta fue hartamente significativa.

—Trabaja en una carnicería

* * *

Glenn se acercó a la muchacha, que se mostraba muy nerviosa a partir de los últimos acontecimientos.

—Le pedí que viniera a protegerme de Hugo —comentó Corinne—, y ahora resulta... —se detuvo.

—Que ha habido un crimen —concluyó el detective—, y que el asesino no es precisamente Hugo.

—¿Está seguro de que no ha sido él? — preguntó Corinne.

—Sí —contestó Glenn—, y no sólo por la distancia existente entre un punto y otro, sino porque cuando apareció en el vestíbulo respiraba reposadamente, de un modo completamente normal.

—Comprendo.

—Usted seguirá al pie del cañón para demostrar que no tiene miedo, ¿verdad? ¡Le interesa tanto lo que el doctor Dressler opina de usted! —había terminado ironizando un poco.

—No, le aseguro que ya no me importa lo que el doctor Dressler pueda o no pensar de mí. Si he de decirle la verdad, ya no deseo casarme con él... —y la muchacha había respondido, no sólo con rapidez, sino también con sinceridad.

—¿Ah, no? — inquirió Glenn.

—No — ratificó ella.

—¿Y eso por qué...? ¿Acaso se ha enamorado usted de mí? —bromeó el detective?

Corinne se dijo que había dado en el centro de la diana. Sin embargo, no estaba dispuesta a admitirlo. Por descontado que no. No quería que el detective se riera de ella.

—¿Por tan irresistible se tiene? —preguntó la muchacha.

—¡Oh, sí! —siguió bromeando él. Pero esta vez, más serio, había de añadir—: Me gustaría que fuera verdad lo que me ha dicho. Usted a mí me ha caído a las mil maravillas.

—Gracias —contestó Corinne, sonriendo—. Lo cierto es que usted también me cae a mí nada mal. —Pero los hechos estaban allí, había un muerto y quizá hubiera otro. La muchacha volvió a la realidad—. Dígame, señor Hooglan, ¿quién cree usted que puede ser el asesino?

—¿Por qué no me llama Glenn...?

—¿Quién cree que puede ser el asesino, Glenn? —repitió la muchacha—. ¿Alguien de esta casa?

—Tal vez sí.

—Pero cabe que sea alguna otra persona, ¿no es eso?

—Naturalmente. A propósito —terció—, si tiene miedo hará bien en irse. Háblele al doctor Dressler...

—Tengo miedo, y ahora aún más que antes, no voy a negárselo —admitió—. No obstante, me quedaré mientras usted siga aquí. Aún no han transcurrido los diez días que me concedió...

—Le concedí diez días creyendo que iba a limitarme a ser su guardaespaldas. Sin embargo, el asunto se ha complicado. Ahora me gusta mucho más todo esto. Desde el punto de vista profesional, se entiende... Así pues, no me iré de aquí hasta que no lo averigüe todo...

—Entonces —dijo Corinne— yo también me quedaré hasta el final. En realidad es mi obligación. Acepté el encargarme de la vigilancia de Hugo...

—¿Sigue desagradándole como lo mira? —preguntó Glenn.

—Desde que estamos aquí no parece prestarme tanta atención. Es como si sus cinco sentidos los acaparara otros pensamientos, otras ideas... En fin, supongo que es difícil saber lo que piensa exactamente un paciente de esa índole...

—Yo seguiré pendiente de usted. Un enfermo mental puede tener cualquier reacción imprevisible. De todos modos, vaya con cuidado, yo quizá la desatienda en algún momento.

—¿Qué quiere decirme con esto? —preguntó.

—Mañana iré a echar una ojeada al lago, y a sus alrededores. Tal vez encuentre alguna huella, algo… Por lo demás, aprovecharé la salida para ir a otra parte.

—¿A qué otra parte?

—Ya se lo diré.

CAPITULO VII

Se había acercado al lago, y estaba observando entre los juncos, algunos de los cuales había encontrado partidos.

Era pleno día, pero la niebla seguía densa, persistente, así que apenas se veía a unos metros de distancia.

Glenn iba como si nada de aquí para allá. No sentía el menor temor. Tal vez consideraba que, de haber una nueva víctima, ésta no tenía por qué ser él. Aunque nunca puede saberse con exactitud, cuando existe un asesino, el móvil que va a inducirle a actuar de nuevo.

Desde luego, Glenn estuvo por aquellas orillas el tiempo que considera oportuno. Sólo encontró manchas de sangre. Manchas que se habían ennegrecido y coagulado.

Nada más digno de mención.

Así que, decidió alejarse de allí e ir en busca de una entrevista que podía resultar de interés. Desde el día antes estaba pensando en ello.

No disponía de coche. El suyo había optado por dejarlo en Londres para justificar mejor el hecho de buscar un empleo como aquél. De todas formas, el Sanatorio Psiquiátrico no estaba lejos. Con sus largas zancadas no tardaría en llegar.

Ya allí, preguntó por el doctor Dressler. Dijo a la enfermera que le recibió que se trataba de algo muy importante.

— ¿De parte de quién?

—Hooglan.

La enfermera le hizo pasar a una pequeña salita y le rogó que esperara.

Glenn tuvo que esperar más de veinte minutos. El doctor Dressler, por lo visto, estaba muy ocupado.

Finalmente volvió a aparecer la enfermera, joven y bonita, pero no tanto como Corinne, y le comunicó que el doctor Dressler le recibiría en seguida.

Efectivamente, muy poco después era introducido en el despacho del director del centro.

—Me ha sorprendido saber que estaba usted aquí —fueron las primeras palabras del doctor Dressler.

—Lo imagino. Le ruego que me disculpe.

—Soy yo quien le pide disculpas. Le he hecho esperar demasiado. Dígame, ¿qué desea?

—Me gustaría entrevistarme con uno de sus pacientes —Glenn acababa de decirse que el camino recto es el más corto entre dos puntos.

—¿Con uno de mis pacientes? —se sorprendió el doctor Dressler—, ¿Con algún familiar suyo?

—No. Ni le conozco. Sin embargo, sería de gran interés para mí intercambiar unas palabras con él...

—Debo recordarle que mis pacientes son enfermos mentales y que intercambiar palabras con cualquiera de ellos no puede llevarle, en buena y razonada lógica, a ninguna conclusión válida.

—Me hago cargo de lo que dice. Aun así, si usted me lo autoriza, me gustaría hablar con...

Antes de que dijera con quién, el doctor Dressler había de preguntarle:

—Todo esto tiene algo que ver con la muerte de George Wildentton, ¿verdad?

—Sí.

—No, no termino de comprender... —denegó con la cabeza el doctor Dressler—. Le agradecería que me explicara...

—Poco puedo decirle. Hay un asesino e intento descubrirlo, desenmascararle. Antes de que sea tarde —agregó.

—¿Y va a descubrir al asesino de George Wildentton conversando

con uno de mis pacientes? Lo encuentro una incongruencia... Pero, en fin, por mí no ha de quedar. ¿Con quién desea hablar?

—Con Wallace Booth.

—¡Ah! —fue éste el único comentario del doctor Dressler, quien a continuación se levantó para dar las órdenes pertinentes.

Unos minutos después, Glenn Hooglan se hallaba en presencia de un hombre que permanecía de rodillas en un extremo de aquel pequeño patio-jardín.

No estaba solo. A su alrededor iban y venían otros pacientes. Pero no se prestaban atención. Como si fueran invisibles unos para los otros.

—Señor Booth... —dijo Glenn, acercándose.

Wallace Booth no le oyó. O al menos se quedó quieto, inmóvil, como si no le hubiera oído.

—Por favor, escúcheme unos instantes...

Tampoco dio muestras de oír nada. Y siguió de rodillas, perdida su mirada en un punto indefinido.

—Vengo de parte de Hugo —se decidió a decir el detective.

Era precisa aquella estratagema. De lo contrario no iba a conseguir nada.

Wallace Booth se puso en pie y se quedó frente a Glenn Hooglan como si, de pronto, hubiera sentido la. necesidad de desafiarle.

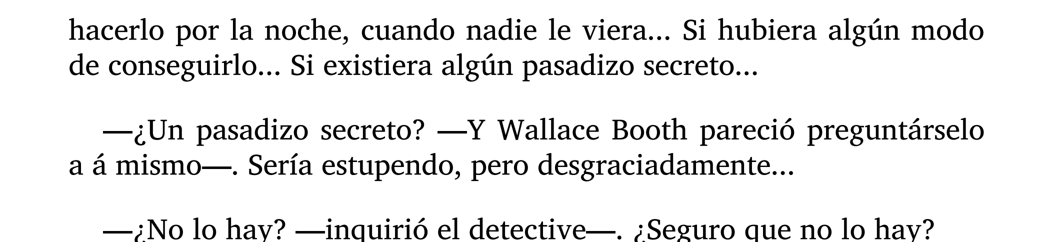
—¿Qué ha dicho...?

El detective se quedó impresionado al ver sus ojos. Asustaban, sobrecogían. ¡Qué terriblemente negros eran! ¡Qué diabólicamente brillantes! No obstante, la expresión de su rostro, tras el inicial gesto desafiante, se hizo tímida, apocada.

—Vengo de parte de Hugo — repitió.

—Se fue a vivir con su hermana —dijo Wallace Booth—. Yo espero que vuelva. Era mi mejor amigo.

—A Hugo le gustaría volver —repuso Glenn—, pero querría



hacerlo por la noche, cuando nadie le viera… Si hubiera algún modo de conseguirlo… Si existiera algún pasadizo secreto…

—¿Un pasadizo secreto? —Y Wallace Booth pareció preguntárselo a á mismo—. Sería estupendo, pero desgraciadamente…

—¿No lo hay? —inquirió el detective—. ¿Seguro que no lo hay?

—Tal vez sí… Tal vez sí… Tal vez si… —dijo y repitió Wallace Booth—. La memoria me falla… Sin embargo, me acuerdo que en una ocasión, en una ocasión… —y se pasó la mano por la frente como si quisiera recordar algo que tenia metido allí dentro.

—¿Qué pasó en una ocasión? — preguntó Glenn.

—No sé…, no sé…

Se vio incapaz de proseguir, de ello que el detective decidiera enfocar el caso desde otra perspectiva.

—La hermana de Hugo se llama Stella… Es un nombre muy bonito, ¿no cree?

—Sí, muy bonito —asintió.

—¿No le dice nada…?

—¿Qué tiene que decirme?

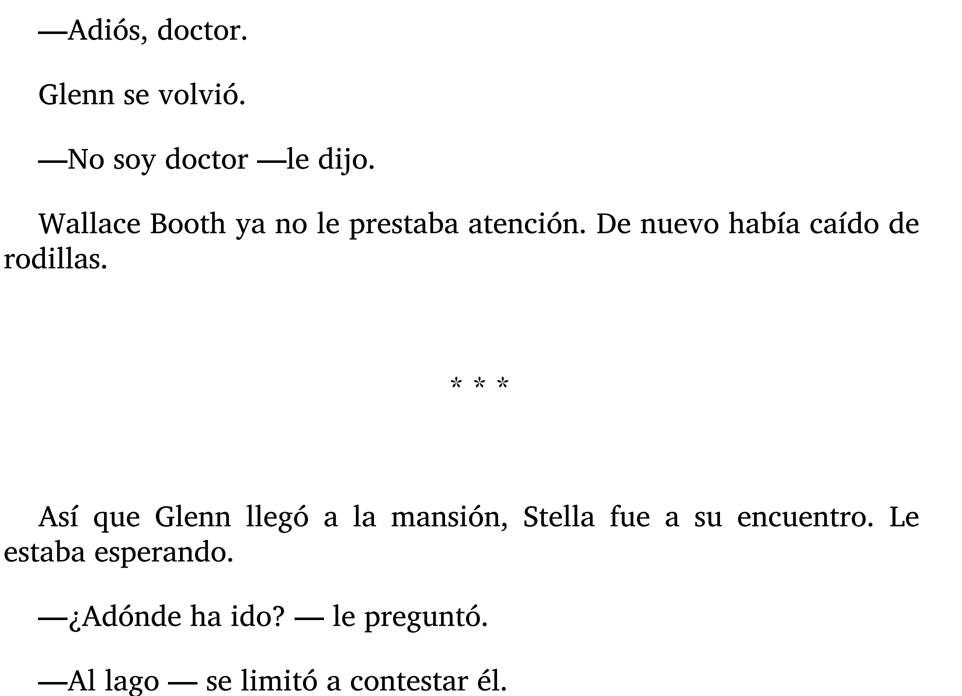
—Quizá usted conoció en su juventud a alguna mujer que se llamara así…

—¡Sí, es cierto! —exclamó Wallace Booth—. ¡Conocí a una muchacha muy guapa que se llamaba Stella! ¡Iba a casarme con ella! Pero no, no termino de recordar sus rasgos —añadió, y casi con rabia se dio golpes y más golpes en la frente, como si, de aquel modo, pretendiera que acudiera a su memoria todo aquello que se perdía no sabía en qué parte de su cerebro.

—Si volviera a verla y la encontrara casada con otro, ¿cómo reaccionaría…? —insistió Glenn—. ¿La mataría…?

—No, no —aseguró Wallace Booth—. Pediría al delo, con todo fervor, que la hiciera muy feliz.

—Bueno, no quiero molestarle más —repuso Glenn, seguidamente —. Adiós.



—Adiós, doctor.

Glenn se volvió.

—No soy doctor —le dijo.

Wallace Booth ya no le prestaba atención. De nuevo había caído de rodillas.

* * *

Así que Glenn llegó a la mansión, Stella fue a su encuentro. Le estaba esperando.

—¿Adónde ha ido? — le preguntó.

—Al lago — se limitó a contestar él.

—¿Para qué?

—Resulta obvio responder a eso, ¿no cree? Para intentar averiguar...

—Para averiguar lo que sea, para eso está la policía —repuso Stella —. Su trabajo es otro, que yo sepa. Pasar a máquina...

—Lo he hecho con mi mejor buena voluntad —dijo Glenn—. Puede estar segura de ello, señora.

Stella se dio cuenta de que se había pasado. Los nervios resultan siempre malos consejeros.

—Yo le agradezco el interés que se toma —aseguró—. No lo interprete de otro modo, se lo ruego. De todos modos...

—Seguiré con mi máquina —zanjó Glenn.

Había reparado en los preciosos ojos verdes de Stella y en su deslumbradora cabellera negra. Acababa de decirse que una mujer como ella debía haber tenido un pasado muy agitado.

«Tendré que informarme», pensó el detective.

En aquel mismo momento oyeron cómo se detenía un coche. Stella supuso que sería el inspector de policía y se apresuró a ir a recibirle.

Se trataba de él, en efecto.

El inspector deseaba hacerles unas cuantas preguntas. Pero ante todo deseaba saber si George tenía novia formal, o si existía alguna otra mujer en su vida.

—No, que yo sepa —contestó Stella—. Pero, pase, inspector...

Aún no había quedado cerrada la puerta de la mansión, cuando se oyó un grito de hombre.

Un alarido más bien.

Henchido de horror, de espanto.

Llegó de lejos. Del lago, o de sus alrededores.

—Dennis me ha dicho esta mañana, mientras desayunábamos, que pensaba ir al lago —repuso Stella—. Estaba convencido de que, si buscaba bien, encontraría...

—Debe ser él quien ha gritado —dijo el inspector.

—Mucho me lo estoy temiendo —apostilló Glenn.

—El asesino debe haber actuado de nuevo —repuso el inspector.

—Después de la muerte de su hermano, Dennis no ha debido ir solo al lugar del crimen... —dijo Stella—. He debido prohibirle que lo hiciera.

—Creo que no le hubiera hecho el menor caso —observó Glenn.

—Esperemos —añadió el inspector— que no haya sucedido nada irreparable.

—Ese espantoso grito, ese alarido tremolante —observó de nuevo Glenn—, no hace concebir muchas esperanzas.

Antes de que se decidieran a salir, es decir, cuando apenas hacia un minuto y medio que el grito había herido sus oídos, llegó Hugo junto a ellos.

Su rostro no expresaba nada. Por lo demás, su respiración era

tranquila, reposada.

—He oído gritar a alguien —musitó—. Estaba en el salón, mirando unas revistas, unos desnudos de chicas… Sí, estaba en el salón…

El inspector de policía pensó que quizá estuviera donde decía, o puede que no, pero que, desde luego, no podía haber estado en el lago. Ni con alas podía haber llegado en tan breve espacio de tiempo.

Instantes después, el inspector y Glenn salían rápidamente de la mansión.

Subieron al coche policial.

En el coche llegarían en seguida.

CAPITULO VIII

Poco rato antes, Dennis se había dirigido hacia allí, hacia el lago, convencido de que encontraría algo. Algo que le permitiera descubrir la identidad del asesino.

Solo encontró juncos partidos y manchas de sangre. Manchas ennegrecidas y coaguladas.

Nada, pues, que le llevara a un análisis positivo.

La luz del día parecía no poder con la niebla, compacta, espesa. De ello que a pocos metros apenas se viera nada.

Sin embargo, Dennis no tenía miedo. Estaba seguro de que el asesino tardaría en actuar de nuevo. No iba a ser tan imprudente e irreflexivo como para, a las pocas horas de un crimen, reincidir.

De todos modos, la nueva víctima podía muy bien ser él. Lo sabía. Lo presentía Por lo demás, su propio hermano le previno: «Ten cuidado... Ahora va a tocarte a ti...»

Si creía eso, ¿de quién estaba sospechando?

De Stella No podía ciertamente sospechar de otra persona. Sólo a la esposa de su tío le estorbaba su hermano y él...

Vio que se movían unos juncos y se esforzó por no alterarse, por tomárselo con serenidad. Pero a pesar suyo se estremeció.

No hacía aire. El aire, pues, no podía ser el causante de que los juncos se movieran.

Se dijo que debería dar media vuelta y echar a correr.

Pero alguien había asesinado alevosamente a su hermano y él no podía, por puntillo, por dignidad, por hombría, desentenderse de todo aquello.

Además, que había ido allí para averiguar...

Sin embargo, el miedo le había golpeado de un modo súbito, dejándole los músculos temblorosos.

Vaciló.

El corazón le latía con tan angustiosa fuerza, con tan extrema violencia, que estaba temiendo que pudiera estallarle en pedazos.

Decidió avanzar hacia los juncos que se habían movido.

Pero vaciló de nuevo.

Respiró hondo, y entonces avanzó, temblando de miedo. No obstante, avanzó, lo que ya era mucho.

Sin embargo, no había nadie, por lo menos en aquel momento, tras esos juncos que se habían movido.

Se movieron otros, a sus espaldas.

No, ya ni siquiera tuvo tiempo de volverse. Sólo tuvo tiempo de gritar.

La cuchilla de carnicero cayó inexorablemente sobre su cabeza, hundiéndose allí, entre su cerebro, entre su masa encefálica, partiéndosela materialmente en dos.

Dennis vio que una cascada de sangre caía sobre sus ojos, cegándoselos por completo.

Poco más queda que contar.

Dennis se desplomó sin vida.

El inspector y Glenn llegaron junto al río.

A pesar de la espesa niebla no tardaron en dar con el cuerpo de Dennis. Estaba en medio de un charco de sangre. Sangre que la tierra iba absorbiendo lentamente.

—Horrible… — masculló el inspector.

—Otra vez la cuchilla de carnicero —comentó Glenn por su parte.

—Tendré que ir a visitar a Ryan Damell —repuso seguidamente el inspector—. Trabaja en una carnicería, ¿sabe?

—Sí, lo sé —contestó el detective—. Pero me cuesta creer que él, de ser el asesino que buscamos, elija precisamente una cuchilla para acabar con sus víctimas... Nadie se esfuerza por hacer que las sospechas recaigan en uno mismo.

—De acuerdo. Por eso —le explicó— hasta ahora me he limitado a hacerle vigilar. Pero la situación se ha agravado, por lo que considero llegado el momento de hablar con él.

—No perderá nada haciéndolo, inspector.

—Una cosa está clara —dijo éste—. Hugo tampoco ha podido, en esta nueva ocasión, ser el autor del hecho.

* * *

Así que pudo, Stella recriminó a su hermano Hugo el que hubiera vuelto a utilizar, como arma homicida, una cuchilla de carnicero.

—Te dije que hacerlo así podía comprometer a una persona, ¿no lo recuerdas?

Estaban en el dormitorio de él, cuya puerta había quedado bien cerrada. Nadie iba a oírles. Podían hablar con tranquilidad.

—Sí, me acuerdo, ahora que me lo dices... —balbuceó Hugo—. Discúlpame, Stella. No lo haré más.

—Dime, Hugo —y su curiosidad era tan viva que apenas le permitía respirar—, ¿cómo te las arreglas para en tan poco espacio de tiempo, en menos de dos minutos...?

—Yo sé hacer bien las cosas —dijo Hugo—. De lo contrario, hazte cargo, en seguida sospecharían de mí y me encerrarían de nuevo en el Sanatorio Psiquiátrico. Y allí se está mal, muy mal... Sobre todo al principio, cuando te curan... Mi amigo Wallace Booth, ¿sabes lo que decía antes...? Porque antes no tenía la mansedumbre de ahora. Antes era violento, agresivo. ¿Sabes lo que decía? Que estar allí era peor que permanecer en el infierno...

—Pero, dime, Hugo, ¿cómo te las arreglas para...? —insistió Stella —, Me tienes desconcertada.

—Ahora le toca a tu marido —repuso Hugo por toda respuesta.

—Sí, sí —asintió Stella.

La verdad es que le inspiraban pavor, espanto, los instintos criminales de Hugo.

Y también, todo hay que decirlo, los suyos propios.

Sin embargo, ya era tarde para retroceder.

CAPITULO IX

Había llegado la noche, y habían decidido retirarse a descansar.

Necesitaban conciliar el sueño, reponer fuerzas. Los últimos sucesos habían resultado, no sólo harto angustiosos, sino también terriblemente inquietantes.

Corinne se había pasado las horas del día pendiente de si el detective estaba o no lejos de ella. Único modo de sentirse tranquila, o intranquila

Ya no le asustaba Hugo. Ya no veía nada turbio y nebuloso en el fondo de sus pupilas, o al menos nada especialmente dedicado a ella. En realidad, había llegado a la conclusión de que el doctor Dressler estaba en lo cierto, Hugo era un paciente inofensivo.

Sin embargo, el miedo de Corinne era ahora mucho mayor, tanto que le culebreaba desde la nuca a los talones.

¿Quién era el asesino?

Tal vez lo tenía cerca, al alcance de la mano.

Desde luego, Hugo no. No podía serlo. En absoluto. Todos coincidían en lo mismo.

Pero ¿y si todos se equivocasen...?

No, no. El doctor Dressler sabía lo que se decía Hugo era un paciente inofensivo.

De cualquier modo, y pese a todo, al llegar la noche la muchacha estaba muy cansada. Se dijo que debía esforzarse por reposar.

—Yo también me retiro —dijo Stella, seguidamente—. No me tengo en pie.

Hugo ya se había acostado. Había sido el primero en despedirse de todos, deseándoles muy buenas noches.

Unas muy buenas noches que resultaron macabras, pues en pocas horas habían muerto dos personas. Dos hombres jóvenes, rebosantes de vida y de ganas de vivir.

Pero a Hugo no se le podía reprochar que sus palabras no fueran las adecuadas, no se le podía reprochar nada. Tenía perturbadas sus facultades mentales, y eso no era un secreto, lo sabían todos los allí reunidos.

—Yo fumaré un cigarrillo más —repuso Edmund Wildentton por su cuenta. Y dirigiéndose a su esposa—: No tardaré, querida.

—Si no me necesita para nada... —empezó a decir Glenn.

—Puede irse —contestó Edmund Wildentton.

Una hora después, aproximadamente, la mansión había quedado en completo silencio. Un silencio aún más acrecentado, sin duda, por la ausencia de dos de los sirvientes. Se habían despedido. No se habían visto capaces de soportar aquella situación.

En su dormitorio, Glenn Hooglan estaba reflexionando sobre todo lo sucedido.

No se había desvestido. Ni tenía, de momento al menos, la intención de hacerlo.

Antes de echarse en la cama quería encontrar un sentido, una explicación, a todo aquello. A esas dos muertes que se habían producido, una tras la otra, casi sin intervalo, de una manera realmente espeluznante.

No fueron mucho más allá sus pensamientos.

Acababa de oír, le pareció en la planta baja, en el mismo vestíbulo, un ruido extraño.

Había dejado la puerta levemente, discretamente entornada. Si pasaba algo quería ser el primero en saberlo. Además, no había encendido la luz. Para que nadie se percatara de que quedaba pendiente de cualquier detalle, de cualquier circunstancia, por nimia o fútil que ésta pudiera parecer.

Se lanzó fuera de la habitación, cruzó el corredor y se precipitó escaleras abajo.

Abajo no había visto a nadie. Todo estaba a oscuras. Como a oscuras estaba la propia escalera.

Apenas inició el rápido descenso de la escalera, Glenn-resbaló aparatosamente.

No había resbalado así en toda su vida.

Y perdido por completo el equilibrio, cayó rodando.

No obstante, era ágil, flexible de miembros y movimientos, con los reflejos sencillamente veloces. Se cogió a uno de los barrotes de la barandilla, deteniendo de este modo aquel violento descenso. Evitando así el caer rodando hasta abajo.

Al poco se levantaba, quedando complacido al comprobar que estaba bien, que no se había roto ningún hueso.

En lo alto de la escalera apareció Edmund Wildentton, en batín. Seguido de Stella Esta acababa de encender las luces de la escalera.

—¿Qué le ha pasado...? —oyó que le preguntaba Edmund Wildentton.

—Me he caído —dijo Glenn—. Un señor resbalón. Pero deje que mire, que veo algo...

Subió el trecho de escalera que había bajado de forma tan aparatosa como poco ceremoniosa y contempló los tres primeros peldaños.

—Vaya, vaya... — rezongó.

—¿Qué mira...? —quiso saber Stella.

—Alguien ha derretido cera en estos peldaños —repuso Glenn—. Lo ha dejado todo bien cubierto... Sí, claro, tenía que resbalar a la fuerza...

—¿Quién ha podido hacer una cosa así? —preguntó Stella, con gesto sorprendido.

—La misma persona que me ha hecho creer que en el vestíbulo había alguien. No, no hay nadie. Esa persona sólo pretendía que yo me rompiera un brazo, o una pierna, o la cadera. Quizá aún mejor la cabeza, claro.

* * *

Hugo había abandonado su dormitorio para ver qué pasaba. Llegó junto a los demás.

—¿Qué ha sucedido...? —quiso saber.

Corinne por su parte también estaba ya allí. Por lo visto ninguno se había dormido aún.

—El señor Hooglan se ha caído por la escalera —te informó Corinne.

—Señorita Pool... Corinne... —desentendiéndose de todo y de cuantos les rodeaban, Hugo acababa de acercarse a la muchacha y de bajar mucho la voz.

—¿Qué desea?

—Hablar con usted —dijo Hugo, y seguía con la voz apenas audible—. A solas los dos.

—¿Desea hablar conmigo...? ¿A solas...? —se sorprendió la muchacha—. No parece ser la hora apropiada... —Pero la muchacha vio que Glenn Hooglan le hacía un gesto afirmativo, de asentimiento, como diciéndole que aceptase la proposición recibida, y se apresuró a agregar—: Por mí no hay el menor inconveniente, desde luego...

—Gracias.

Mientras una de las sirvientas sacaba la cera de los escalones y los demás volvían a sus respectivos dormitorios, ellos dos se fueron a una pequeña estancia que había en aquella misma planta.

Desde luego, la muchacha daba por descontado que el detective estaría pendiente de ella. Nada debía temer, en ningún sentido. Así que se mostraba tranquila. Por lo menos todo lo tranquila que una podía sentirse en aquella mansión.

—¿De qué se trata...? —preguntó la enfermera una vez estuvieron allí.

—Quiero que sepa la verdad —repuso Hugo—. No quiero

engañarla.

—Me parece muy bien —Corinne esbozó una sonrisa—. Soy su enfermera y debo estar al corriente de todos sus pequeños secretos.

—Deseo que lo sepa —empezó a decir—; estoy enamorado de usted. No me censure, no me reprenda, por favor —se anticipó a las posibles palabras de ella—. Me hago cargo de que usted ame a otro, al doctor Dressler. Así que estoy dispuesto a resignarme... Bien mirado, ya seré bastante afortunado si mi hermana Stella se hace cargo de mí y no me lleva otra vez al Sanatorio Psiquiátrico.

—No volverá allí, claro que no —le animó la muchacha—. Debe vivir tranquilo, reposado, confiando en el cariño de los que le rodean.

—Sí, sí claro —asintió—. De todos modos, he querido que lo supiera. Que estoy enamorado de usted y que... que...

—¿Hay algo más? — preguntó la muchacha.

—Sí —dijo Hugo—. Antes tenía muy malos pensamientos respecto a usted, ¿sabe? Me daban ganas de conseguir mis propósitos a la fuerza...

—¡Hugo! —protestó Corinne, si bien con una buena dosis de comprensión y ternura—. ¡No están bien esas cosas!

—Lo sé, lo sé —asintió de nuevo—, y por eso he querido pedirle perdón... Pero sí, he tenido muy malos pensamientos... A menudo se me ocurría caer encima de usted, arrancarle la ropa a lo bruto y... y... bueno, usted ya se imagina... ¿Sabe una cosa? —preguntó a continuación—, hace tiempo, mucho tiempo, no sé cuánto, yo vi cómo un hombre hacía eso con mi hermana pequeña... Sin embargo, se me borra en la cabeza el rostro del hombre. Eso debe significar que aún estoy muy enfermo, ¿no?

—Nada de eso —aseguró Corinne—. Ya está curado. Sólo le falta terminar de recuperarse, esto es todo.

—Ojalá sea así.

—En cuanto a sus sentimientos hacia mí —Corinne volvió a esbozar una tenue sonrisa—, casi todos los pacientes se enamoran un poco de su enfermera, ¿no lo sabía? Pero ese sentimiento siempre es pasajero, y termina desapareciendo, sin dejar huella. Ya lo verá, algún día conocerá a una chica muy bonita y...

—Sólo me gustan las pelirrojas — manifestó Hugo.

Corinne se dijo que ella no tenía nada de pelirroja. En fin, que Hugo acabaría siendo internado de nuevo. Se lo veía venir. Por lo demás, si eso sucedía seguro que no volvería a salir.

—Bueno, ya es tarde. Vale más que vaya a descansar.

—En aquella revistas que miraba... —repuso Hugo—, donde las chicas estaban desnudas, una era pelirroja.

—Y muy guapa, seguro que sí —dijo Corinne.

—Sí, muy guapa.

—Ande, váyase a descansar.

—Sí, sí...

En cuanto Hugo se hubo metido en su dormitorio, Corinne se dispuso a hacer otro tanto en el suyo.

Glenn salió a su encuentro.

—Qué, ¿algo de particular? — le preguntó.

—Nada —contestó ella

—¿Qué le ha dicho?

—Que está enamorado de mí.

—¿Y se resigna sumisa y mansamente a quedar al margen, o va a luchar furiosa y enconadamente por sus sentimientos? —inquirió—. Supongo que estas dos facetas, sin intermedios, son las dos más frecuentes en casos como el suyo.

—Se resigna sumisa y mansamente —dijo ella—. Todo al menos me lo ha hecho suponer así. —Pero la muchacha no estaba muy segura de eso, ni de nada, así que formuló la siguiente pregunta—: No será él quien ha puesto la cera en los escalones, ¿verdad?

—No podemos saberlo —contestó Glenn.

CAPITULO X

El día siguiente amaneció con una niebla tan impenetrable, tan pastosa, que parecía poder cortarse.

El doctor Dressler prefirió no coger su coche e ir andando hasta el Sanatorio Psiquiátrico.

Apenas llegó a la carretera, sacó un cigarrillo y lo encendió. Fumando se le haría el trayecto más corto.

Empezó a pensar en Corinne. Era una muchacha muy atractiva, y una enfermera muy competente. Como sea que él tendría que casarse un día u otro, elegirla a ella sería sin duda un acierto.

Su actual puesto le satisfacía mucho, pero no tanto la localidad de Brigersson. Había demasiada niebla por aquella zona. No resultaba agradable.

Bueno, posiblemente acabaría acostumbrándose. Aunque hacía ya tiempo que había sido destinado a ese puesto y la verdad es que todavía no se había acostumbrado.

De pronto, el doctor Dressler tuvo la sensación, la seguridad más bien, de que alguien le seguía a través de la niebla.

Se detuvo por unos instantes, mirando a derecha e izquierda. Desde luego no vio a nadie.

En otras circunstancias aquello le hubiera tenido sin cuidado. Absolutamente sin cuidado.

En esa ocasión, sin embargo, no fue así. Quieras que no, sintió que el corazón le bombeaba terriblemente fuerte y que el pulso se le disparaba.

En realidad, tenía una clara y lógica explicación lo que estaba sintiendo.

Cuando se dirigía a la mansión de Edmund Wildentton y oyó gritar

a George junto al lago, lo cierto es que vio moverse a alguien entre los juncos. No pudo precisar quién era debido a la distancia y a los jirones de niebla, pero desde luego vio a alguien.

¿Y si el asesino creía que le había reconocido...?

La idea no resultaba nada tranquilizadora.

De ello que ahora, al sentir que era seguido, le hubiera gustado estar a cien, a mil millas de allí.

Volvió a reemprender el camino. Ahora llevando un paso más ligero, más rápido. Se trataba de llegar lo antes posible. De ponerse a salvo.

El corazón le bombeaba cada vez con más fuerza y el pulso se le hacía, a cada nuevo paso que daba, más acelerado.

Se dio cuenta de que la frente se le había perlado de gotas de sudor. Gotas que se le estaban deslizando hacia abajo.

Arrojó el cigarrillo, que a fuerza de no llevárselo a los labios se le había apagado.

En eso, se detuvo de nuevo y se volvió.

—¿Quién me sigue...? —preguntó, esforzándose porque la voz no delatara su angustia.

Estaba convencido de que nadie le respondería. Porque sólo una persona podía estar siguiéndole de aquella forma; el asesino. Y el asesino pretendía seguir encubierto por la niebla, en espera del momento decisivo.

Sus palabras, sin embargo, sí recibieron respuesta.

—Soy yo, doctor Dressler.

El doctor respiró aliviado al ver de quién se trataba. De esa persona no podía, ciertamente no, abrigar la menor sospecha.

—Ah, es usted. Con franqueza, me ha asustado un poco... Bueno —reconoció riéndose—, más que un poco si he de serle sincero..

—Podemos hacer el camino juntos, ¿le parece? ¡Vaya niebla! No resulta nada acogedor todo esto.

—Me alegro de su compañía...

Es todo lo que el doctor Dressler tuvo tiempo de decir.

Vio aparecer ante sus ojos una cuchilla de carnicero.- La hoja de acero despedía reflejos metálicos y siniestros.

¡Sobre todo siniestros!

La cuchilla estaba ya alzada en el aire y se disponía a descender a velocidad demoníaca. Como un rayo que irremisiblemente hubiera de fulminar.

El doctor Dressler desorbitó los ojos, desencajó la mirada. Abrió la boca para gritar con todas sus fuerzas.

Y gritó...

Nadie había de oírle.

La niebla, espesa, compacta, se tragó aquella voz preñada de horror y de espanto.

* * *

Ryan Damell había elegido una mesa apartada para emborracharse. La verdad es que necesitaba emborracharse.

En aquel bar, el que solía frecuentar, no había demasiado público a aquella hora de la tarde. El dueño del local estaba leyendo el periódico.

Lo Ida por la página de sucesos. Donde se relataba con toda clase de detalles el nuevo crimen cometido en Brigersson.

El detective entró allí, echando una mirada a su alrededor. Le habían asegurado que si buscaba a Ryan Damell el mejor lugar para encontrarlo era aquél.

Reparó en el interesado. No le conocía, pero la descripción que le habían hecho coincidía.

Se acercó a la apartada mesa, viendo cómo su ocupante no se

andaba con chiquitas y cómo se metía un brandy doble, de un solo trago, entre pecho y espalda.

—¿Es usted Ryan Damell?

El interpelado levantó la mirada.

—Sí —contestó, y con manifiesta brusquedad—: ¿Qué quiere? ¡Por lo visto no voy a poder beber una copa sin tener que soportar a mi lado a un policía!

—Yo no soy policía —aseguró Glenn.

—Pero le envía el inspector, ¿no es eso? Pues viene a significar lo mismo. ¿Y quiere que le diga lo que pienso? Estoy harto de todo este asunto. Hasta no poder estarlo más.

Ryan Damell tenía la botella de brandy al alcance de su mano, asá que se sirvió de nuevo. Una buena cantidad. A ese paso no tardaría en estar borracho como una cuba.

—Yo de usted no bebería más… —le aconsejó Glenn—. Acabará no sabiendo lo que dice…

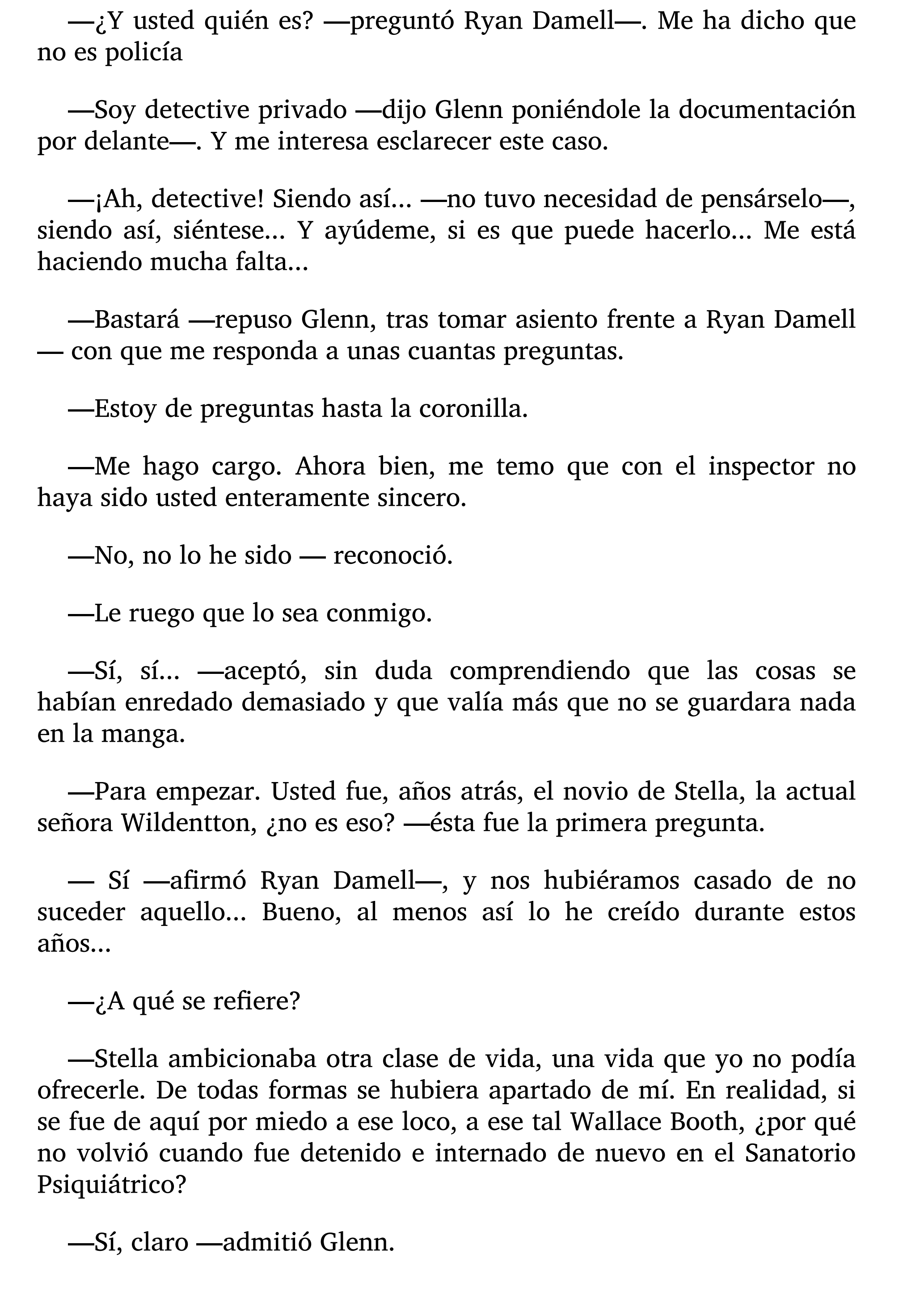
—Lo que tenía que decir se lo he dicho ya al inspector. No hace más que importunarme con sus interrogatorios, ¿sabe? Primero se limitó a hacer que me siguieran, que me vigilaran, pero desde que murió Dennis Wildentton esto ya no hay quien lo aguante…

—Esta mañana han asesinado al doctor Dressler. Usando la misma clase de arma que en las otras ocasiones…

—¡Ya lo sé! —barbotó—, ¡En Brigersson no se habla de otra cosa! ¡Además, el periódico habla del crimen con letras mayúsculas! Y claro —añadió Ryan Damell—, el inspector ha vuelto sobre mí, comiéndome a preguntas…

—En cierto modo es comprensible —opinó Glenn—, el asesino usa, para acabar con sus víctimas, una…

—Una cuchilla de carnicero —concluyó Ryan Damell—. Bien, ¿y qué? ¿Por eso han de sospechar de mí? ¡Absurdo! ¡Ridículo! Si yo fuera el asesino, hubiera usado cualquier arma, cualquiera menos una cuchilla de carnicero… ¿Tan difícil es una deducción tan sencilla? —se bebió el brandy de Ia copa y avanzó la mano hacia la botella dispuesto a servirse de nuevo.



Glenn le detuvo con estas palabras:

—Yo creo en su inocencia y vengo a ayudarle.

—¿Y usted quién es? —preguntó Ryan Damell—. Me ha dicho que no es policía

—Soy detective privado —dijo Glenn poniéndole la documentación por delante—. Y me interesa esclarecer este caso.

—¡Ah, detective! Siendo así... —no tuvo necesidad de pensárselo—, siendo así, siéntese... Y ayúdeme, si es que puede hacerlo... Me está haciendo mucha falta...

—Bastará —repuso Glenn, tras tomar asiento frente a Ryan Damell — con que me responda a unas cuantas preguntas.

—Estoy de preguntas hasta la coronilla.

—Me hago cargo. Ahora bien, me temo que con el inspector no haya sido usted enteramente sincero.

—No, no lo he sido — reconoció.

—Le ruego que lo sea conmigo.

—Sí, sí... —aceptó, sin duda comprendiendo que las cosas se habían enredado demasiado y que valía más que no se guardara nada en la manga.

—Para empezar. Usted fue, años atrás, el novio de Stella, la actual señora Wildentton, ¿no es eso? —ésta fue la primera pregunta.

— Sí —afirmó Ryan Damell—, y nos hubiéramos casado de no suceder aquello... Bueno, al menos así lo he creído durante estos años...

—¿A qué se refiere?

—Stella ambicionaba otra clase de vida, una vida que yo no podía ofrecerle. De todas formas se hubiera apartado de mí. En realidad, si se fue de aquí por miedo a ese loco, a ese tal Wallace Booth, ¿por qué no volvió cuando fue detenido e internado de nuevo en el Sanatorio Psiquiátrico?

—Sí, claro —admitió Glenn.

—Pero yo, insensato de mi —prosiguió—, durante estos años he seguido creyendo que ella me quería... Sí, posiblemente me haya querido, pero a su manera... Más que amarme deseaba hacer el amor conmigo... Era una muchacha muy apasionada, sumamente ardiente... Stella era, y es, una de esas mujeres que no pueden estar sin satisfacer de continuo sus deseos sexuales...

—Y ahora que ella ha vuelto a Brigersson, ¿qué ha pasado entre ustedes? —preguntó el detective—. Por favor, no me mienta.

—Nos hemos citado de nuevo —contestó—. Cuando nos reunimos, hacemos el amor... Pero no, ya no es como antes... Al menos para mí...

—¿Y para ella? —inquirió Glenn.

—Creo sinceramente —continuó diciendo— que ahora le da ella a lo nuestro más valor del que le doy yo. Tal vez —dedujo— porque ella ha vivido ya la vida intensamente, sin limitación, sin trabas, sin escrúpulos morales, y volver a su pasado, a su juventud, significaría, como por carambola, conseguir esa felicidad a la que voluntariamente renunció. No sé, creo que me explico mal...

—Yo le entiendo muy bien. Pero dígame, ¿a ella no le molesta el tener que ir siempre escondiéndose de la gente...?

—Stella está pensando en divorciarse —repuso Ryan Damell—. Más de una vez me ha dicho que pronto será libre como un pájaro...

—¿Como un pájaro?

—Sí, y entonces nos casaremos, así me lo asegura. Y claro, yo deduzco, como es lógico que está pensando en divorciarse. Pero no, le diré que no se divorcie, que no eche por la borda lo conseguido al casarse con un hombre tan rico como Edmund Wildentton. Lo cierto es... —añadió— que yo no deseo compartir mi vida con ella. Durante todos estos años la he tenido en el pensamiento... No me he casado, ni he amado a ninguna otra... Pero ahora que he vuelto a verla, he comprendido que el pasado se llevó mis ilusiones.

—Comprendo.

—Ahora sólo deseo que el inspector de policía deje de sospechar de mí. No pido otra cosa.

—Si es inocente, no debe temer nada —le aseguró Glenn—. Que

trabaje en una carnicería no significa que forzosamente tenga que ser usted quien… A propósito, ¿ha podido demostrar al inspector que, a la hora en que fueron cometidos esos crímenes, usted estaba en otra parte…?

—No he podido demostrarle nada.

—Por cierto, durante estos años transcurridos, ¿ha tenido noticias de Stella? ¿Ha oído hablar o comentar algo de ella…? Me refiero a antes de casarse con Edmund Wildentton…

—Sí —asintió Ryan Damell—, en una ocasión me aseguraron que vivía en Londres y que había tenido un amante, un fabricante cargado de millones. Un amante al que había engañado con varios vecinos del mismo inmueble donde él le había alquilado un bonito apartamento. Uno de esos vecinos no resultó todo lo discreto que era de desear y el pastel se descubrió. Bueno, esto es lo que me contaron, lo que me aseguraron… Yo no lo creí… Pero ahora sí lo creo… Por eso le he dicho antes que Stella era, y es, una de esas mujeres que no pueden estar sin satisfacer de continuo sus apetencias sexuales…

Cuando Glenn Hooglan salió del bar estaba convencido de que había averiguado algo muy importante.

CAPITULO XI

Habían pasado varios días.

Los suficientes para que el ambiente se hubiera serenado un poco.

Sólo un poco, porque el asesino aún no había sido descubierto. El inspector de policía no pasaba de hacer conjeturas, hipótesis, que, desgraciadamente, no le llevaban a ninguna parte.

La prueba, lo dicho, que el asesino andaba suelto, a sus anchas. Sin duda regocijándose de su táctica, de su triunfo, de cómo se escurría de entre las manos de la justicia.

Pero ¿quién era el asesino?

Todos, sin excepción, se lo preguntaban. O al menos parecían preguntárselo.

La verdad es que Stella estaba segura de saber quién era... ¿Cómo no iba a saberlo si Hugo y ella lo habían tramado todo? Actuaban de común y mutuo acuerdo.

Sin embargo, no todo iba a gusto de Stella. Había telefoneado a Ryan Damell y éste le había respondido que era mejor que no volvieran a verse. Le agradecería mucho, había añadido, que se olvidara de él.

Stella le había pedido una entrevista. No podía dejarla así, sin darle una explicación. Tenía derecho, cuanto menos, a exigirle eso.

Ryan Damell se negó rotundamente a la entrevista que Stella le solicitaba. Le aseguró que ya nada podía ser como en el pasado y que valía más que se olvidaran uno del otro. Dicho esto, sin más, colgó.

Stella no se dio por vencida. Cuando muriera su marido y ella se quedara libre y rica, quería casarse con Ryan Damell. Bien mirado ningún hombre había significado tanto para ella.

Pensó, sin embargo, que lo mejor que podía hacer es dar tiempo al

tiempo. Sin duda Ryan Damell reflexionaría en la cuenta de que, rechazándola, se había precipitado de una manera torpe y lamentable.

En cualquier caso, su marido aún vivía. Aunque estaba claro que había llegado su tumo.

¿Cuándo actuaría Hugo...? Sin duda no tardaría mucho. Pero no, no quería apremiarle, no deseaba acuciarle. Hacerlo podía resultar contraproducente.

Si había actuado de un modo tan perfecto con George y Dennis, ¿a qué pedirle más? Que lo hiciera a su manera.

Ahora bien, ¿por qué habría matado al doctor Dressler? Había querido preguntárselo, pero no había tenido ocasión de hacerlo.

Al principio pensó que el asesino del doctor Dressler sería otro. Luego se convenció de que era el mismo. El mismo que había matado a George y a Dennis. Idéntica arma homicida. Análoga forma de atacar.

Bueno, habría acabado con el doctor Dressler por algo. Ya se lo explicaría A su debido tiempo.

De todos modos, Stella tenía ganas de que todo aquello diera fin. Había perdido el sueño y se sentía muy nerviosa, muy intranquila.

Indudablemente se sentía temerosa de que pudiera descubrirse su participación en tales hechos.

Así las cosas, aquella mañana amaneció llena de sol, de luminosidad. La niebla había huido muy lejos. No se la veía por ninguna parte.

Era un día tan asombrosamente hermoso que los habitantes de Brigersson casi no se creían lo que veían.

Los ocupantes de la mansión, luego del desayuno, pensaron en salir a pasear. Aquel cálido sol invitaba a estirar un poco las piernas.

—¡Estupendo! —exclamó Hugo, ilusionado como si tuviera diez años menos de los que tenía, casi palmoteando.

—Me parece muy bien —asintió Stella a su vez.

—Venga usted con nosotros —dijo Edmund Wildentton dirigiéndose a Corinne.

—De acuerdo, señor Wildentton —respondió la enfermera.

Glenn Hooglan estaba en el despacho. Tecleteaba a gran velocidad.

Sin duda el trabajo estaría ya muy adelantado.

—¿Puedo ir con ustedes...? —se permitió solicitar a los que ya se disponían a salir.

—Claro que sí —repuso Stella.

—No lo tomen como un atrevimiento —se excusó Glenn—. Pero hace un día sencillamente ideal.

—Venga, no faltaría más —había de añadir amablemente Edmund Wildentton.

Llegaron al lago pocos instantes después, y todo daba la impresión de que iba a ir bien, perfectamente.

Sin embargo, de la forma más imprevista sucedió algo que dio al traste con lo que, en realidad, sólo era un sencillo y simple paseo.

Llegó corriendo una niña, de unos ocho años, y se puso a jugar cerca de los juncos que bordeaban el lago.

Sus padres la vigilaban, pero desde lejos. Todo hacía suponer que estaban cansados y que no querían llegar hasta allí.

En eso, la niña se puso a tantear, a buscar entre los juncos. Parecía muy interesada con lo que hacía.

—¿Qué buscas, pequeña? —le preguntó Glenn con una sonrisa.

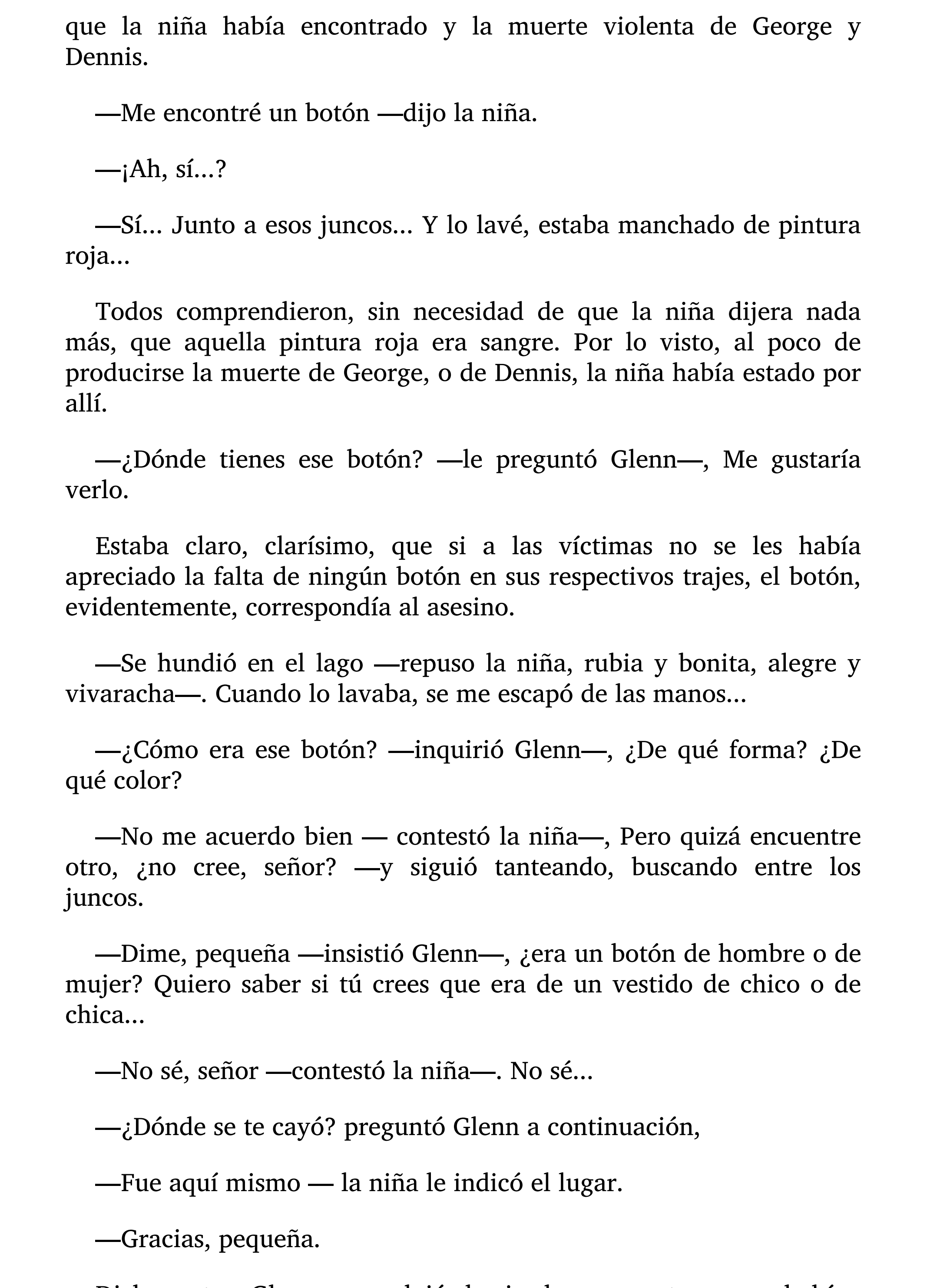
Quiso caerle simpático a aquella niña, rubia y bonita, toda alegría y vivacidad.

—El otro día encontré una cosa... —le contestó la niña, con desenvoltura—. Miraba si hoy encuentro otra...

—¿Qué encontraste? —quiso saber Glenn.

Edmund Wildentton, y Stella, y Hugo, y Corinne, habían quedado pendientes de la respuesta de la niña. Tan pendientes que hasta la respiración se les había parado.

Algo les estaba diciendo que había conexión, unión, entre esa cosa



que la niña había encontrado y la muerte violenta de George y Dennis.

—Me encontré un botón —dijo la niña.

—¡Ah, sí…?

—Sí… Junto a esos juncos… Y lo lavé, estaba manchado de pintura roja…

Todos comprendieron, sin necesidad de que la niña dijera nada más, que aquella pintura roja era sangre. Por lo visto, al poco de producirse la muerte de George, o de Dennis, la niña había estado por allí.

—¿Dónde tienes ese botón? —le preguntó Glenn—, Me gustaría verlo.

Estaba claro, clarísimo, que si a las víctimas no se les había apreciado la falta de ningún botón en sus respectivos trajes, el botón, evidentemente, correspondía al asesino.

—Se hundió en el lago —repuso la niña, rubia y bonita, alegre y vivaracha—. Cuando lo lavaba, se me escapó de las manos…

—¿Cómo era ese botón? —inquirió Glenn—, ¿De qué forma? ¿De qué color?

—No me acuerdo bien — contestó la niña—, Pero quizá encuentre otro, ¿no cree, señor? —y siguió tanteando, buscando entre los juncos.

—Dime, pequeña —insistió Glenn—, ¿era un botón de hombre o de mujer? Quiero saber si tú crees que era de un vestido de chico o de chica…

—No sé, señor —contestó la niña—. No sé…

—¿Dónde se te cayó? preguntó Glenn a continuación,

—Fue aquí mismo — la niña le indicó el lugar.

—Gracias, pequeña.

Dicho esto, Glenn se volvió hacia los presentes, que habían permanecido silenciosos, mudos, conscientes de la importancia de lo que la niña pudiera decir o dejar de decir.

—Bien —opinó el detective, acercándose a ellos—, no hace falta darle vueltas al asunto para comprender que…

—Que el asesino perdió un botón al atacar a una de sus víctimas —repuso Corinne—. Sin duda la víctima se lo arrancaría… Aunque, claro, no podemos saberlo con exactitud…

—Como sea —manifestó Glenn—, tenemos ya la solución al alcance de la mano. Sólo hace falta bucear y dar con el botón… Al asesino, no cabe dudarlo, debe faltarle un botón en uno de sus trajes… Y ese botón será el mismo que nosotros encontraremos en el fondo del lago…

—Naturalmente —afirmó Edmund Wildentton.

—Sí, claro, naturalmente —dijo a su vez Stella, pero ella poniéndose pálida y lívida como un cadáver en descomposición.

—Yo no sé bucear… —dijo Hugo, quien se había puesto tan pálido y lívido, o quizá incluso más, que su hermana.

—Yo, sí —aseveró Glenn. Había de aclarar—. Pero antes de hacerlo telefonearé al inspector. Posiblemente el inspector quiera estar presente cuando…

Quedaron en eso. Telefonearían al inspector, poniéndole al corriente, y actuarían después, en consecuencia.

* * *

Stella había cogido a su hermano por un brazo, consiguiendo que se quedara rezagado, que no se fuera con los demás.

—Hugo, ¿te das cuenta de lo que sucede…? —fe preguntó.

—Sí, me doy cuenta —asintió él.

—Se ve que perdiste un botón… Y ahora, cuando lo encuentren y vean que es tuyo, que corresponde a uno de tus trajes… ¿Qué podemos hacer?

—Stella, estoy muy asustado —y no mentía, bastaba mirarle.

—Yo también estoy muy asustada —reconoció Stella.

—Por distinto motivo —repuso Hugo—. Por distinto motivo... Por distinto motivo... Por distinto motivo...

Lo dijo y lo repitió. Y volvió a decirlo y a repetirlo. Como si de una cantinela se tratara.

—No te entiendo —dijo Stella—, El motivo es el misma

—No, no es el mismo —aseguró Hugo—, Vale más que te lo confiese... Ya no tiene sentido que siˆ callando... Darán con el botón y todo se descubrirá...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Stella—, De veras que no te entiendo.

—Yo no maté a George, ni a Dennis, ni al doctor Dressler... — Ia voz le había temblado.

—¿Queeeeé...? —y a Stella no sólo le había temblado la voz, sino que, sencilla y llanamente, se le había estrangulado en la garganta.

—Quedamos en que lo haría —repuso Hugo—, pero llegado el momento me faltó el valor... Pero al ver que alguien había hecho lo mismo que nosotros habíamos planeado, decidí callar y hacerte creer que había sido yo... ¡No quería que te enfadaras conmigo y que volvieras a enviarme al Sanatorio Psiquiátrico!

—Entonces, ¿tú no les mataste? —consiguió sacar la voz a través del estrangulamiento de su garganta.

—No, yo no fui.

—¿Quién, entonces...? ¿Quién...?

Pensó en Ryan Damell. El asesino utilizaba una cuchilla de carnicero para acabar con sus víctimas.

Sacudió la cabeza, desechando la idea. Eso no tenía sentido. No tenía lógica.

CAPITULO XII

Habían telefoneado al inspector.

Este les había dicho que no actuaran en ningún sentido hasta que él no llegara.

Entretanto, Glenn Hooglan miraba a unos y a otros, queriendo ver qué rostro era el que se alteraba, el que se traicionaba. Aunque no estaba total y absolutamente seguro de que el culpable estuviera allí. Podía estar en otra parte.

En realidad, analizando los hechos acaecidos con atención y minuciosidad, uno se veía obligado a aceptar como válida, como aceptable, una posibilidad. Una posibilidad que podía resumirse en una pregunta. En esta pregunta:

Cuando Wallace Booth se escapó del Sanatorio Psiquiátrico, de eso hacía ya catorce años, ¿lo consiguió burlando la vigilancia de un enfermero como se daba por descontado, o era cierto que había conseguido construir un pasadizo...?

De aceptarse esta tesis, cabía suponer que...

Cierto que, de ser así, resultaba algo extraño la idea de que Wallace Booth no se hubiera evadido de nuevo en todos los años transcurridos desde entonces. Pero ¿acaso cabe sorprenderse de los pensamientos que pueda o no engendrar una mente enferma, perturbada?

A pesar de estas lógicas reflexiones, Glenn Hooglan no había de tardar en exponer en voz alta sus pensamientos.

—Creo que el asesino es uno de ustedes...

Todos volvieron su mirada hacia él. Y fueron éstas unas miradas de contenida e inquieta expresión.

No así, especialmente, la de Corinne. Ella estaba ya .imaginándose que el asesino estaba allí, allí mismo.

Después de observar al detective, Edmund Wildentton volvió sus ojos hacia Hugo. Parecía dar por descontado que, si era como Glenn Hooglan acababa de decir, no quedaba en verdad otra deducción que aquélla. Hugo era el asesino.

Stella salió en defensa de su hermano.

—Hugo no tiene nada que ver en esas muertes. Ya quedó demostrado que en menos de dos minutos no es posible...

El detective la interrumpió.

—¿Y usted...? —había de preguntarle—, ¿Y usted, señora Wildentton? ¿Tiene usted algo que ver...?

—¿Yo...? —se desconcertó—, ¿Yo...?

—Mucho me estoy temiendo —dijo Glenn— que sí tenga que ver...

—Supongo que bromea — repuso Stella.

—Me explicaré, para que me entienda mejor —manifestó el detective. Y sin esperar a que nadie replicara u opusiera algo, añadió —: Me he enterado de la vida que ha llevado, señora Wildentton. Desde que de jovencita abandonó esta localidad, Brigersson, usted...

—¿A qué viene esto ahora? — preguntó Stella.

—Viene —objetó Glenn— a que ha llegado el momento de que la verdad se sepa.

—¿La verdad...? ¿A qué verdad se está refiriendo...? Me parece que se está metiendo donde nadie le llama.

—En su vida han habido muchos hombres —repuso el detective—. Por lo visto no ha podido usted prescindir de ellos. Esto queda claro, evidentemente, ante la larga lista que...

—¡Le prohíbo que se exprese de este modo! —exclamó Stella—. ¡Me está ofendiendo! Y delante de mi marido...

—Estoy refiriéndome a antes de que se casara usted, señora Wildentton. De ello que su marido no vaya a escandalizarse por algo que indudablemente nunca ha ignorado. ¿No es eso? —e interpeló al interesado.

—No, no ignoro que Stella, antes de casarse conmigo, llevaba una

vida poco edificante —contestó Edmund Wildentton—. Pero todo aquello pasó, no hay por qué recordarlo más.

—Me parecería una excelente idea —manifestó Glenn—, si creyera que, a partir de casarse con usted, señor Wildentton, su esposa hubiera cambiado... Sin embargo, mucho me estoy temiendo que haya seguido siendo la misma de siempre, una mujer atraída irresistiblemente por los hombres, por el sexo...

Esta vez, Stella no replicó nada. Tampoco Edmund Wildentton. Como si el detective acabara de tocar, o mejor, de dejar al descubierto, algo que ya no admitía defensa posible.

—Pero, claro —puntualizó Glenn—, su esposa sabía que era usted terriblemente celoso. Ya antes de casarse, usted, señor Wildentton, le demostró que no estaba dispuesto a consentirle nada... Prueba de ello, que en una ocasión, en lugar público, sin poder contenerse, usted armara un escándalo... Sí, armó un auténtico escándalo, señor Wildentton.

Ante esta nueva interrupción, tanto Edmund Wildentton como Stella siguieron callando. Parecían comprender que era preferible escuchar hasta el final.

En cuanto a Hugo, no entendía bien de lo que se hablaba. Se le escapaban las palabras, como si no terminara de oírlas.

Corinne, por su parte, se daba cuenta de que el asesino estaba a punto de ser descubierto, desenmascarado.

—Pues bien, a lo que iba... —prosiguió Glenn—. A pesar de haberse casado, a usted, señora Wildentton, han seguido atrayéndole irresistiblemente los hombres... ¡Y más que en ningún otro momento de su vida, puesto que sus apetencias sexuales dependían de un hombre ya mayor! Pero su marido era terriblemente celoso y usted lo sabía. Así pues, ¿cómo actuar para que no sospechara? Porque la vigilaba. Siempre sabía adónde iba, los lugares que frecuentaba, las personas con las que se reunía... Y se le ocurrió lo más sencillo, lo más fácil... Recurrir a los hombres que tenía en su propia casa, bajo su mismo techo...

Durante esta pausa, tampoco nadie dijo nada. El silencio se hizo profundo como un pozo.

—Y esos hombres, pues, fueron George y Dennis... sí, señora Wildentton, los dos fueron sus amantes... Amantes jóvenes y

apasionados, que satisfacían sus ansias de amor, de placer… ¿Me equivoco?

Stella no respondió. Pero fue como si lo hubiera hecho. Su expresión hablaba por sí sola.

—Lo peor de todo —añadió Glenn—, es que usted se enteró, señor Wildentton… Se enteró de que sus sobrinos, George y Dennis, se acostaban con su esposa… Primero fue George el favorito, después Dennis… Luego según como le daba a su esposa… Así que usted, enterado de todo, y lleno de odio, de rabia y de deseos de venganza…

Glenn Hooglan habló hasta aquí. No más. No fue preciso. Edmund Wildentton explotó.

—¡Sí, lleno de odio, de rabia y de deseo de venganza, decidí matarles! ¡De mí no se burla nadie!

Acababa de coger a Corinne por un brazo y de atraerla hacia á, mientras con la otra mano sacaba una pistola y apuntaba a la muchacha.

—¡Tenga cuidado con lo que intente, señor Hooglan —advirtió—, o acabaré con la vida de esta señorita!

Protegiéndose, escudándose en Corinne se proponía escapar impunemente de allí.

—No tema, señor Wildentton, no haré nada —le aseguró Glenn, pensando, ante todo, en la seguridad de la muchacha—. No intentaré nada… En realidad, ya sé lo que deseaba… Usted es el asesino.

—¡Sí, lo soy! —exclamó Edmund Wildentton. Había de agregar—: He tenido mala suerte con esa niña… Si no hubiera encontrado el botón…

Corinne sentía la boca de la pistola en su costado. Era para sentirse muerta de miedo. Pero estaba convencida de que todo acabaría bien. El detective no cometería ninguna imprudencia, no haría nada que pudiera perjudicarla, estaba segura. Segurísima

—Esa niña —repuso Glenn— no se encontró nada… Simplemente, yo le pagué unas cuantas libras a sus padres, pidiéndoles la colaboración de su hija… Una niña muy pequeña, pero también muy espabilada… Ha sabido hacer muy bien su papelito…

—¿Qué quiere decir? —barbotó Edmund Wildentton.

—Que desconfiaba de usted, y que quería que se delatara... Pero para obligarle a eso, claro, usted tenía que sentirse ya medio desenmascarado... De otro modo no era fácil conseguirlo. ¿Sabe? —inquirió—, aproveché un momento oportuno para entrar en su dormitorio y abrir el armario... Cogí el traje que usted llevaba el día que George fue asesinado y le arranqué un botón... Sabía que, después de la escena de la niña, usted se apresuraría a mirar en sus trajes...

—Sí, lo he hecho —convino Edmund Wildentton—, y al ver que faltaba un botón, ya no he dudado, me he convencido de que lo había perdido entre los juncos que bordeaban el lago...

—Pues no —dijo Glenn—, usted no perdió nada... Todo esto ha estado preparado, para que cayera en la trampa. Sabiendo que faltaba un botón a su traje, y sabiendo que yo iba a bucear hasta el fondo del lago para encontrarlo... Sí, lo lógico era que perdiera la serenidad...

—Recelaba de usted, aunque sin saber exactamente por qué —repuso Edmund Wildentton—. De ello que quise que se fuera, por si acaso... Se me ocurrió derretir cera en los escalones... Imaginé que se rompería la crisma, o poco menos...

—Se equivocó.

—De todos modos, ni usted ni nadie va a cazarme —añadió Edmund Wildentton, súbitamente coléricos sus ojos.

—Antes de explicarme cómo va a arreglárselas, ¿por qué no me dice el motivo que le indujo a matar al doctor Dressler?

—Clavé la cuchilla de carnicero en el pecho de George y el doctor Dressler me vio — contestó Edmund Wildentton—. Bueno, no estoy seguro de que me reconociera... Había niebla, jirones de niebla... Pero no quería riesgos...

—Y dígame, ¿por qué a los tres les ha matado con una cuchilla de carnicero? No, no me lo diga. Ya lo sé. Para que todas las sospechas recayeran en Ryan Damell.

—Quería que le detuvieran y le condenasen —reconoció Edmund Wildentton—. Era otro de los amantes de mi mujer... ¡Y de mí no se burla nadie!

—Bueno, creo que ya está todo contado. Explíqueme ahora cómo

va a conseguir que la justicia no le atrape.

—No ha sido usted tan listo como se cree... —repuso Edmund Wildentton—. Me ha concedido demasiado tiempo... Para mí, evidentemente, un tiempo precioso..

—Acláremelo.

—Con mucho gusto —y la pistola seguía junto al costado de Corinne. Añadió—: Al verme descubierto he comprendido que debía actuar con rapidez... He hecho una llamada telefónica... Dentro de poco, pues, aterrizará cerca de aquí un helicóptero... Yo estaré en el lugar concertado y subiré a la cabina... Nadie podrá impedírmelo... Y en adelante todo el mundo ignorara mi paradero... Soy un hombre con mucho dinero, no se asombre usted de que en tan poco tiempo haya conseguido lo que me proponía... Incluso, como le he dicho, que venga a buscarme un helicóptero...

—El inspector no tardará en llegar —dijo Glenn—. Dará las órdenes de perseguirle y...

—Y para entonces yo estaré ya en el aire. Por cierto, voy a llevarme a Corinne como rehén. Así sabré que usted no me hará ninguna jugarreta. De hacérmela, la muchacha lo pagaría muy caro, ¿comprende?

—Perfectamente —manifestó Glenn—. Y por lo que a mí respecta puede irse tranquilo. Me quedaré cruzado de brazos.

—Se la devolveré sana y salva — prometió Edmund Wildentton—. Así que esté junto al helicóptero, le dejaré que regrese. Hasta entonces, lo acordado, usted...

—Cruzado de brazos — repitió Glenn.

Hasta aquel momento, Stella no había dicho nada. Ni palabra. Estaba temblando de pies a cabeza. Le castañeteaban los dientes. Sentía como si los ojos se le estuvieran escapando de las órbitas. ¿Qué iba a ser de ella? Presentía algo horrible. Algo espantoso.

De vez en cuando miraba a Hugo, como esperando recibir de él la ayuda que necesitaba, que iba a necesitar. Pero Hugo seguía como minutos antes. No se hacía cargo de lo que pasaba a su alrededor. No entendía lo que hablaban. Se le escapaban las palabras, como si no terminara de arlas.

—Tú te vienes conmigo, Stella —dijo Edmund Wildentton en aquel momento, de nuevo coléricos sus ojos—. Como comprenderás, te amo demasiado para dejarte…

—No quiero irme —contestó ella.

Seguía presintiendo algo horrible, espantoso. No le había tranquilizado lo más mínimo oír: «Te amo demasiado para

dejarte…»

—Vendrás conmigo —aseguró Edmund Wildentton—. De lo contrario… —y dejó de apuntar a Corinne para apuntarla a ella.

—Sí, sí, me iré contigo —asintió Stella, convencida de que, si se negaba, su marido la mataría.

—Pues en marcha… —dijo, y empezó a retroceder hacia la puerta, con Corinne a un lado y Stella al otro.

CAPITULO XIII

Por la parte sur del lago, la vegetación se hacía mucho más densa, mucho más compacta. Y por allí se escabullía Edmund Wildentton, seguido por Stella y Corinne.

Ninguna de ellas se atrevía a oponerse a aquella huida. Sabían ya que aquel hombre no se andaba con miramientos.

No obstante, si bien Corinne confiaba en que Edmund Wildentton la dejara regresar así que llegaran junto al helicóptero, tal y como había dicho que haría, Stella por su parte estaba cada vez más asustada. Más atroz y espeluznante-mente asustada.

Los ojos de su marido se mostraban coléricos. Además, veía en ellos una expresión asesina, criminal. Una expresión sobradamente elocuente, que no podía hacerle concebir esperanzas de salir bien de todo aquello.

De cualquier forma, reflexionaba Stella mientras huía junto a su marido, quizá si le pedía perdón y le juraba que nunca le sería infiel... Estaban llegando a un claro, a un terreno liso, llano. La vegetación cesaba en aquel punto.

Y allí esperaba ya el helicóptero.

—Fin del trayecto para usted, señorita Pool —dijo Edmund Wildentton dirigiéndose a la muchacha—. Puede irse.

Seguía sujetando por un brazo a Stella. En realidad apenas la había soltado.

Corinne no se lo hizo repetir y apretó a correr, alejándose de allí. Estaba dispuesta a no parar hasta llegar a la mansión.

Pero de pronto, al pasar junto a unos tupidos matorrales, se vio detenida por unos brazos de hombre.

Era Glenn Hooglan.

—Le creía lejos... —musitó ella.

—Ha dicho que la dejaría sana y salva —contestó él—. Pero ese hombre es un asesino, así que no podía fiarme de su palabra. Si hubiera intentado algo... —le indicó la pistola que .empuñaba su diestra— le hubiera volado desde aquí mismo la tapa de los sesos. Soy tirador de primera y yo no fallo nunca...

—Si hubiera visto que nos seguía... —musitó Corinne, estremeciéndose sólo de pensarlo.

—Yo sé seguir sin ser oído —dijo Glenn. Y añadió—: ¿Acaso esperaba de verdad que me quedara con los brazos cruzados? ¡Oh, no!, contrató mis servicios y yo siempre cumplo de la mejor manera con mis clientes.

—¿Y de Stella...? ¿Qué va a ser de Stella...? —preguntó Corinne.

—Esto es ya otra cuestión —contestó Glenn—. Mucho me temo que yo no pueda evitar que Edmund Wildentton se la lleve. Si es que se la lleva...

—¿Teme que no lo haga? —quiso saber la muchacha—. Teme algo peor, ¿no es eso?

—Sí, francamente —asintió Glenn—, Y como para evitarlo tendría que disparar a matar... Por lo demás, el inspector me ha dicho que no intervenga, que le espere...

Ya cerca del helicóptero, Stella había acertado a pronunciar estas palabras.

—Si me perdonas, yo te juro...

Edmund Wildentton la miró de una forma estremecedora, escalofriante. ¡Aquella mirada equivalía a decir que no iba a haber piedad!

—Mantenga el motor en marcha —dijo Edmund Wildentton al piloto del helicóptero—. En seguida emprenderemos el vuelo.

—Sí, señor —fue la respuesta.

Dicho esto, Edmund Wildentton se llevó a Stella más allá. Se la llevó casi a rastras.

—¿Qué pretendes...? ¿Qué pretendes...? —preguntaba ella

aterrorizada, casi sin voz, espesa la saliva de su boca.

—¿Qué crees tú...? ¿Qué te dice la imaginación...? —y el tono de su voz era espeluznantemente amenazador, tanto como pudiera serlo la expresión colérica de sus ojos.

Stella había caído sobre unas hierbas. Le temblaban las piernas y no acertaba a levantarse.

—Por favor, perdóname... —y a pesar de su terrible pavor, estaba hermosa, muy hermosa.

Sin embargo, Edmund Wildentton ya no reparaba en sus encantos. Ya no los veía. Sólo veía en ella a una mujer que se había mofado de su dignidad y que le había llenado de vergüenza y de escarnio.

—¡Abre la boca! —exclamó de pronto.

—¿Para qué...? —preguntó, estremecida, entre espasmos—. ¿Para qué...?

—¡Ábrela!—le exigió.

Lo hizo así. Para no aumentar su cólera. Para no acrecentar su ira, su exasperación. Pero estaba lejos de comprender para qué le pedía semejante cosa.

Sólo lo supo cuando...

El cañón de la pistola se le metió bruscamente en la boca. Hasta el fondo.

Comprendiendo, ahora sí, cuál era la monstruosa y aterradora pretensión de su marido, Stella se descompuso, se denudó, se hizo agónica.

Mientras, sus ojos se descolocaban, se desacoplaban, se desquiciaban hasta el paroxismo.

Sólo acertó a mover brazos y piernas. De una forma que lo tenía todo de patética, y también de ridícula. Quizá aún más de ridícula que de patética, si es que ello es posible.

Pronto sucedió lo inevitable.

Sonó un disparo.

Dos disparos.

Tres disparos consecutivos.

Stella cayó hacia atrás. Una terrible bocanada de sangre le salió por la boca.

Había muerto en el acto.

Edmund Wildentton se la quedó mirando. No, no estaba arrepentido de lo que había hecho. Lo volvería a hacer.

De pronto, de la forma más impensada, alguien surgió allí mismo, a menos de dos metros de él.

Era un hombre de mediana edad, delgado. Tenía los ojos negros como alas de cuervo y brillantes como ascuas encendidas.

—¿Qué ha hecho...? ¡Maldito!

Edmund Wildentton se vio acometido por aquel hombre. De forma tan súbita que sin poder evitarlo soltó la pistola.

El hombre le había cogido por el cuello, por la garganta. Empezó a apretar de una forma horrible.

—¿Quién... quién... es usted? —acertó a preguntar Edmund Wildentton.

—Mi nombre es Wallace... Wallace Booth... Y esa mujer a la que acabas de matar es la hermana de mi mejor amigo... —respondió el hombre.

Las manos siguieron apretando el cuello, la garganta. Con una fuerza tan demoníaca, tan demencial, que no podía haber quien se le opusiera.

Edmund Wildentton quiso rebelarse. Se trataba de salvar Ia vida. Pero la acometida estaba resultando demasiado rápida, súbita y bestial.

Hubiera querido gritar, llamar la atención del piloto del helicóptero. Pero el motor del helicóptero estaba en marcha y su zumbido lo llenaba todo.

Cualquier otro sonido, de producirse, quedaría engullido drásticamente por ese motor que no dejaba de funcionar.

Las manos de Wallace Booth seguían aferradas al cuello, y sus dedos, crispados, furiosos, apretaban cada vez con más arrebato, con más violencia.

Edmund Wildentton, amoratado el rostro, con la lengua bailoteándole entre los dientes, con los ojos en blanco, terminó doblando las rodillas.

Wallace Booth siguió adelante con su tarea.

—¡Acabaré con tu vida! ¡Acabaré con tu vida! —exclamaba—. ¡Ha matado a la hermana de mi mejor amigo!

Edmund Wildentton se rebeló lo que pudo. Hasta el límite de sus fuerzas. Pero todo, finalmente, había de resultar inútil.

Su vida dio fin entre las manos crispadas y violentas de aquel hombre. Su cuerpo fue a parar muy cerca del ensangrentado cadáver de Stella.

Todo aquello, en realidad, había sucedido en un brevísimo espacio de tiempo.

Tan breve, que ni el piloto del helicóptero se percató de nada.

Sí se percató Glenn Hooglan, pero cuando avanzó y llegó hasta allí, la fatalidad, o el destino, se habían cumplido ya inexorablemente.

Wallace Booth no recibió con agresividad al detective. Ta do lo contrario. Le miró, y luego a Corinne, que llegó tras éste, y se limitó a decir

—Ese hombre ha matado a la hermana de Hugo... Lo lamento mucho, de veras, pero he tenido que hacerlo... He tenido que hacerlo...

CAPITULO XIV

Glenn Hooglan y Corinne habían ido al Sanatorio Psiquiátrico. Acababan de hablar con el nuevo director.

—Seguimos sin saber cómo pudo escaparse... —fue la información que recibieron—. Ya es la segunda vez que lo hace. El dice que tiene construido un pasadizo. No sé, cuesta creerlo. Nosotros no lo hemos encontrado por ninguna parte. Pero ante la evidencia de los hechos...

Antes de abandonar el establecimiento, pidieron ver a Wallace Booth y a Hugo. Ambos, después de los últimos acontecimientos, volvían a estar allí, reunidos, más amigos que nunca.

A Glenn y a la muchacha les fue permitido entrar en el patio-jardín. A donde solían pasear los pacientes más inofensivos, los que no planteaban problemas.

En realidad, luego de su escapatoria y tras el arrebato en el que dio muerte a Edmundo Wildentton, Wallace Booth volvía a ser el enfermo tranquilo, sereno, casi místico.

Cuando Glenn y Corinne entraron en el patio-jardín, le vieron sentado en uno de los bancos de piedra. A su lado estaba Hugo. Hablaban.

—No hago otra cosa que preguntármelo... —decía Wallace Booth.

—¿Qué es lo que te preguntas? —y Hugo se mostraba interesado.

—Me gustaría saber —dijo Wallace Booth— dónde conocí a tu hermana... Juraría que la conocí tiempo atrás...

—A mí me gustaría saber —repuso Hugo por su lado— qué cara tenía el hombre que mató a mi madre y violó a mi hermana pequeña...

—A mí se me escapan los recuerdos —masculló Wallace Booth—. ¡Oh, qué rabia me da! —y se golpeó la frente, como queriendo que las ideas le salieran fuera.

—A mí también se me borran los recuerdos —reconoció Hugo—. Pero, bueno, dime, ¿cómo conseguiste salir de aquí? A mí me lo vas a decir, ¿verdad? Soy tu amigo.

—Eres mi mejor amigo —repuso Wallace Booth—, pero no voy a poder satisfacer tu curiosidad.

—No?

—Sé que construí un pasadizo y que nadie sabe dónde lo hice... Pero..., pero...

—Pero ¿qué?

—Recordé de pronto dónde estaba el pasadizo y se me ocurrió escapar... Pero ahora, de nuevo, he olvidado dónde está... —y Wallace Booth se volvió a golpear la frente, indignado consigo mismo.

—No te preocupes —dijo Hugo—, ya te acordarás en otro momento.

—Sí, quizá sí —asintió Wallace Booth.

Se quedó como mirando a un lugar indefinido. Era como si viviera en otro mundo. Un mundo alejado, distante, perdido entre vapores, sombras y nieblas.

Glenn y Corinne abandonaron poco después el Sanatorio Psiquiátrico.

El coche de Glenn les esperaba allí. Pronto se alejarían de la localidad de Brigersson. Aquélla había sido la última visita al lugar.

Ya al volante, Glenn dijo:

—Debes saber una cosa, Corinne.

—Te escucho.

—Últimamente nos hemos visto con frecuencia...

—Eso ya lo sé.

—Debes saber también que estoy loco por ti...

—¡No me hables de locos, Glenn, por favor! —protestó ella—. Pero me ha gustado eso que has dicho —le sonrió—. La verdad es que yo

también estoy loca por ti.

FIN